



LIONEL
BARRYMORE
LEE TRACY
FAY WYATT

EDICIONES
BISTAGNE

EL DOCTOR
PROPAGANDA

EL DOCTOR X

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

EL DOCTOR X

Intrigante asunto, basado en la obra teatral de
HOWARD W. COMSTOCK y ALLEN C. MILLER

Es un film

WARNER BROS-FIRST NATIONAL



Distribuido por

WARNER BROS-FIRST NATIONAL FILMS, S. A. E.

Paseo de Gracia, 77

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Intérpretes

LIONEL ATWILL
FAY WRAY
LEE TRACY
PRESTON FOSTER
JOHN WRAY
HARRY BERESFORD
ARTHUR EDMOND CAREWE
LEILA BENNET
ROBERT WARWICK
GEORGE ROSENER
WILLARD ROBERTSON
THOMAS JACKSON
HARRY HOLMAN
MAS BUSCH
TOM DUGAN

El doctor X

ARGUMENTO DE LA PELICULA

DEL "DAILY WORLD" LEE TAYLOR, REPORTERO

Lee Taylor es un reportero jovial, lleno de buen humor y de optimismo. Los más graves acontecimientos son contemplados por él a través del prisma periodístico y sabe atravesar las situaciones más difíciles y complicadas sin preocuparse gran cosa ni darles importancia.

Aquella noche llegó cerca del depósito de cadáveres el "Necrocomio", y pudo observar algo extraordinario. El cadáver de una joven sirvienta había motivado la llamada del doctor Xavier, "El Doctor X", famosa notabilidad médica a quien no se hubiese molestado por una causa baladí.

Además, daba la casualidad de que en el cielo lucía esplendorosa la luna llena, con su cara de Pascua, iluminando la superficie de la tierra con su pálida luz misteriosa y bruja. Todo ello le hizo reflexionar al reportero y sus narices de perro pachón olfatearon el aire. Indudablemente se presentaba la perspectiva de un reportaje extraordinario, de los que apasionan a los lectores y dan nombre a un periodista. Y sus nervios se pusieron en tensión. La posibilidad de realizar un reportaje interesante, obraba sobre los reflejos de su cerebro y sobreexcitaba todos sus sentidos, haciendo despertar sus energías.

Se acercó al guarda del necrocomio, hombre vulgar de cierta edad, bajo y achaparrado, recordando algo en su empaque al escudero del gran Don Quijote de la Mancha. Aquel hombrecillo, acostumbrado a tratar de tú a la muerte, era seguramente un filósofo, como Yorik, el enterrador que nos presenta Shakespeare en "Hamlet".

Era amigo del reportero, que los tenía en todas partes, ya que su profesión diseminaba sus actividades en todos los sectores de la vida.

Lee Taylor se le acercó, como siempre, jovial.

—¡Es extraño! — le dijo—. Esta noche no entran más que cadáveres y médicos.

—No querrás — le contestó el guarda, propenso a tutear a todo el mundo y, sobre todo, a los chicos de la prensa—que vengan aquí los ministros a celebrar consejo, ni las damas de la aristocracia a tomar el te.

—Me gustaría ver lo que pasa ahí dentro—añadió el joven.

—Pues hoy no te vale el ser de la prensa, amigo. Hoy no entra nadie. Está absolutamente prohibido.

—Eso me hace desear más vivamente el estar ahí dentro—manifestó el reportero, a quien aquella prohibición hacía comprender que se trataba de algo importante.

—Ahí dentro debieras estar — insinuó el guarda, burlón—, desnudo y tendido sobre una mesa de operaciones.

Aquella broma de mal gusto fué para el periodista un rayo de luz. Tal vez se trataba de la única manera de poder introducirse allí saltando sobre la consigna. Así es que le manifestó al guarda:

—Necesitaría telefonar.

—En la botica hay un teléfono —le contestó éste, pretendiendo negarle el uso del aparato de la portería.

—Pero está más cerca éste — contestó Lee llamando por el teléfono.

Y, poco después, una vez conseguida la comunicación, preguntó:

—¿El jefe de reporteros?

—¿Qué pasa?—preguntó éste.

—Soy Lee Taylor —siguió hablando el periodista—y acaban de traer al necrocomio el cadáver de una sirvienta... asesinada misteriosamente.

—Se trata de un suceso vulgar —contestó el jefe.

—Acaba de llegar el doctor Xavier y debe de pasar algo grave.

—No veo la razón...

—Mire usted por la ventana al cielo.

El jefe de los reporteros, que estaba sentado frente a su mesa dando la espalda a una ventana, se recostó en la silla, a la que hizo bascular, y sacó la cabeza al exterior, contemplando la luna, que brillaba toda llena sobre el azul oscuro de la noche.

—¿Qué ve usted?—le preguntó Lee Taylor.

—La luna...

—Precisamente. Apostaría cualquier cosa a que se trata de otro nuevo crimen lunático. En otra forma no hubiesen hecho venir al doctor "X".

—Eso es otra cosa. Investiga ese asunto.

Y el reportero, tras de obtener la venia de su jefe, se dispuso a realizar una información que se presentaba difícil, lo que le animaba aún más.

Se explica perfectamente la ansiedad de Lee y la importancia concedida al suceso por el jefe de los reporteros. Si se trataba de otro asesinato lunático, despertaría en los lectores la más profunda emoción y el más alto interés.

Hacía ya tiempo que venían siendo cometidos misteriosos asesinatos rodeados del más profundo misterio, todos, precisamente, en luna llena.

Cualquier persona que se descuidaba durante la noche, aparecía muerta al día siguiente, pero siempre cuando brillaba la luna llena en el cielo. Tales crímenes se presentaban complicados con determinadas mutilaciones, que los hacían aún más misteriosos. La opinión es-

taba vivamente intrigada y la policía no sabía qué hacer para descubrir al criminal.

En cuanto a éste, circulaba la versión de que se trataba de un alucinado sobre quien ejercía la luna llena fatídica influencia. Es creencia popular que influye la luna sobre los locos, aunque tal afirmación haya sido desmentida por la ciencia. Pero ésta jamás dice su última palabra.

Mujeres estranguladas por dos manos vigorosas, en cuyos cuerpos, y sobre todo en sus cráneos, habían sido hechas incisiones quirúrgicas y, lo más horrible, con algunas partes cercenadas con los dientes, acusando síntomas de canibalismo, eran motivo más que suficiente para que la opinión pública estuviese alarmada y para que la conciencia profesional del periodista se so- liviantase al ver la posibilidad de realizar una información interesante.

De modo que Lee Taylor se dispuso a ingeniárselas como mejor pudiera para penetrar en el depósito de cadáveres y averiguar lo que allí dentro ocurría.

Así es que se acercó de nuevo al guarda, preguntándole:

—¿Qué pasa ahí dentro?

—Puedes creer que no lo sé, Lee.

—¿Tienes un cigarrillo?

Y el guarda, sonriendo cazurra- mente, se quitó la gorra y sacó de dentro de ella un pitillo, ofreciéndoselo generosamente al periodista.

—Gracias, hombre, y adiós— le dijo éste, alargándole la mano.

Pero, al estrechársela, el guarda no pudo menos de lanzar una exclamación de asombro. En la palma de la del periodista había algo redondo y metálico que le produjo una ligera punzada.

—Pero ¿qué es esto?—preguntó.

—Un invento — contestó el periodista, siempre de buen humor— sumamente ingenioso y eficaz para espantar a quienes gustan de los apretones de manos.

—¿Sí? ¡Yo necesitaría dos! — aseguró el guarda.

Otro coche llegaba conduciendo, indudablemente, otro cadáver, y el periodista, tras de despedirse rápidamente del guarda, corrió tras de él, intentando ver la manera de colarse dentro del necrocomio.

¿Lo consiguió? Y si lo hizo, ¿cómo fué? Dejemos por ahora sin con-

testar estas preguntas y penetremos nosotros dentro del local, para enterarnos a nuestra vez de lo que allí ocurría.

LA POLICIA SOSPECHA

El depósito de cadáveres tenía la siniestra vitola de tan horrible local. Mesas numerosas sobre las que yacían cuerpos difuntos tapados por sábanas; escasa iluminación; caras patibularias; frío de muerte que se complicaba con el hedor a cadaverina. Era aquél el vestíbulo del gran hotel de la muerte, donde los gusanos necrófagos comenzaban su festín.

Dos señores muy bien vestidos y muy serios, contemplaban en silencio cómo auscultaba y examinaba el cadáver el famoso doctor.

Se trataba de un gran sabio, para quien el cuerpo humano carecía de secretos. Celebridad mundial lle-

na de prestigio, cuyo nombre era venerado en todas las Universidades y en todas las Academias. Se podía tener una fe indiscutible en cuanto afirmase sobre aquel misterioso crimen, por lo que aquellos dos señores, representantes de la fuerza pública y los más altos funcionarios de la policía, no habían dudado en molestarle para que, tras de su concienzudo examen, emitiese su irrefutable opinión.

Pero también, como veremos luego, la policía tenía otros motivos para solicitar el informe del doctor Xavier.

—¿Qué opina usted, doctor? — le preguntaron cuando se irguió, de-

jando caer la sábana, que volvió a cubrir el cadáver.

—Ha sido estrangulada por unas manos extraordinariamente vigorosas, destacándose perfectamente las huellas de los dos pulgares.

—¿Y en cuanto a la incisión?

—Ha sido hecha en el cerebro con un escalpelo especial y un músculo ha sido disecado.

—¿En qué forma?

—Ha sido arrancado... con los dientes. Es indudablemente un caso de canibalismo.

—Muchas gracias por su opinión, doctor.

—Me permitirán que me retire. Estoy realizando un experimento que exige mi atención cada dos horas...

—Si nos lo permite...—dijo uno de los dos policías.

—Un momento no más—añadió el otro.

—Este es el sexto asesinato cometido por estrangulación, en forma inexplicable, durante el plenilunio.

—Es peculiar...—comenzó a decir el doctor.

—¿A qué tipo pertenece el criminal?

—Se trata de un neurótico que padece obsesiones.

—Es difícil creer eso...

—Sí, es difícil... para un policía—repuso el médico.

—Cada cerebro es un mundo pequeño—añadió—. El mar, la contemplación de la luna, cualquier circunstancia parecida, podrían determinar en algunos individuos una locura transitoria.

—Todos estos asesinatos—le dijo de repente el policía con tono de voz acerado—han sido cometidos cerca de la clínica de usted.

—¿Quiere usted sugerir que uno de mis colaboradores es el culpable? Es completamente absurdo. Mi clínica goza de merecido prestigio, que pocas instituciones parecidas comparten.

—Pero—insistió el policía, con frialdad de acero—, el escalpelo usado por el criminal se utiliza exclusivamente en la Academia.

—La divulgación de tales sospechas—dijo preocupadísimo el doctor—destruiría nuestro prestigio.

—Yo lo siento mucho, doctor, pero me veo obligado a hacer una investigación.

—Tal investigación sería piedra de escándalo que la prensa recoge-

ría, matando completamente el prestigio de mi institución.

—La prensa no se enterará de nuestros trabajos.

—Permítanme ustedes realizar una investigación previa. Si el culpable existe, yo lo descubriré por medio de ciertos experimentos cerebrales.

—¿Podríamos examinar esta noche sus archivos?

—Les espero a ustedes en mi oficina, pero he de insistir una vez más en rogarles que eviten toda publicidad...

—Esté usted tranquilo. Ningún

periódico sabrá ni una palabra... hasta que llegue su hora.

Y se marcharon todos del necrocomio, que quedó más solo, como habitado únicamente por la muerte... y por la muerte criminal.

En la semipenumbra y en el silencio, ausente de allí toda persona viva, turgentes bajo las sábanas los cadáveres, era aquello verdaderamente tétrico y la contemplación del cuadro producía verdadera desazón.

Pero he aquí que, cuando ya se han marchado todos y queda el local en tétrico silencio, un cadáver se incorpora...

LA ASTUCIA DE LEE TAYLOR

Lee Taylor era el reportero ideal para quien no existen obstáculos. Cuando se trataba de realizar un reportaje interesante, no se detenía ante nada. El reportero sabe que se debe a la curiosidad pública... Tal curiosidad podrá ser, en ocasiones, malsana o enfermiza, pero ello no es cuenta para el reportero. El se ha trazado claramente su misión informativa y sabe cumplirla a conciencia, siendo el resultado del reportaje así concebido, la difusión periodística de cuanto ocurre en el mundo y la vida civilizada actual, que es su consecuencia.

Así es que Lee Taylor, corriendo tras el coche que conducía al depósito los cadáveres entre las sombras de la noche, se encaramó a su zaga tras de cubrirse con una sábana

y de descalzarse, ya que sus pies sobresalían bajo ésta.

Así fué transportado al necrocomio, y su cuerpo, cubierto por la sábana, fué colocado sobre una mesa, como otro cualquier cadáver más mientras él aguzaba sus oídos y se enteraba de todo. ¡Menuda información publicaría al día siguiente su periódico!

Se incorporó el fingido muerto, separó la sábana y luego se llevó extrañado las manos a los desnudos pies, en los que notaba algo extraño. Era la etiqueta de clasificación que habían colgado de su dedo gordo para clasificar el "fambre". Como si dijéramos, la nota del registro de entrada que atestiguaba que se trataba de un muerto real... Lee, tras de reírse con buen humor de

su aventura, satisfecho por el éxito alcanzado, descolgó la etiqueta del dedo gordo del pie, se calzó sus botas y procuró salir del depósito de cadáveres sin ser notado por nadie.

Inmediatamente telefoneó a su periódico, contando con pelos y señales cuanto había logrado oír desde su mortaja. Que la policía sospechaba que el criminal vivía en la clínica del doctor Xavier y que éste solicitaba un plazo para hacer determinadas experiencias que le permitirían descubrir al criminal,

aduciendo las razones dadas por el jefe de haber sido cometidos todos los crímenes en las proximidades de la clínica y el empleo de un escalpelo especial que únicamente en ella era usado.

Después, el joven reportero, dejando que sus compañeros hinchasen convenientemente los datos por él suministrados, ya que el público gusta de ese adobo, se dirigió hacia la clínica del doctor X para tratar de enterarse de lo que allí pudiera ocurrir.

EN LA CLINICA DEL DOCTOR XAVIER

Llegó a su clínica el doctor antes que los policías, y se apresuró a penetrar sigilosamente en su archivo, a oscuras, buscando determinados legajos.

Su hija, Yoan, que lo esperaba

con impaciencia, creyendo oír ruidos sospechosos en aquella habitación, acudió allí, lanzando un grito agudo de terror al ver entre la semiobscuridad a un bulto encarama-

do en una escalera removiendo papeles.

Era su padre, que procuró tranquilizarla.

—¿Eres tú, Yoan? ¿Qué deseas, hija mía?

—Darte las buenas noches, papá. ¿Por qué estabas a oscuras?

—Vine a buscar estos legajos.

—Estás perjudicando a tu salud, papá.

—La luz de la luna me desconcierta y me pone nervioso — manifestó el doctor con rostro de espanto.

—Me prometiste descansar...

—Me siento muy bien, hija mía, y, además, espero a unos señores.

—Bueno, papáito, no te canses ni preocupes y acuéstate pronto.

—Adiós, hija mía—dijo éste—. Acuéstate tú en seguida y no te preocupes.

Después marchó al encuentro de los policías que acababan de llegar.

Se deshizo en manifestaciones de que aquellas sospechas eran absurdas, alegando que, durante las vacaciones, permanecía la Academia cerrada, pero viéndose precisado a decir que algunos profesores quedaban consagrados a sus investigaciones.

Sonaron los nombres de éstos, y los policías se fijaron especialmente en uno llamado Wells, sobre quien pidieron detalles al profesor X.

—Es un sabio—les manifestó— que ha consagrado largos años al estudio del canibalismo.

—Motivo fundadísimo para sospechar de él—replicó el comisario.

—Sin embargo — replicó vivamente el doctor con tono de pleno convencimiento—, Wells no puede ser. Pueden ustedes entrevistarse con él.

—¿Estas puertas?... — preguntó el policía señalando las más inmediatas.

—Son los laboratorios de los doctores Wells, Ducke, Rowith y Haines.

—¿Se encuentran aquí?

—Salen muy raras veces, consagrados siempre a sus estudios.

—¿Podríamos verles?

—Pasen primero a saludar a Wells.

Penetraron en el despacho de éste, que se encontraba ante una mesa contemplando tres bombillas eléctricas que se encendían y apagaban sucesivamente con determinado ritmo.

—Doctor Wells — le preguntó el doctor Xavier penetrando acompañado de los dos detectives—, ¿podría presentarle a usted unos amigos míos?

—Con mucho gusto — dijo —. Acérquense.

Y al hacerlo, como expresasen claramente en el semblante la admiración que les causaba aquel extraño decorado, el profesor Wells se apresuró a explicarles:

—He mantenido vivo este corazón durante tres años por medio de la electrolisis.

Mientras el doctor X aclaraba:

—Está investigando los reflejos nerviosos.

Los policías se quedaron mirándolo. Su cara tenía algo de repulsivo y bien podía ser aquél el criminal, tanto más cuanto que se había consagrado al estudio de la antropofagia. Pero el doctor X intervino:

—¿No le molestamos a usted, querido Wells?

—De ninguna manera.

—¿Y se pasa usted la vida aquí consagrado a estos trabajos? ¿No sale usted nunca de paseo?

—Alguna que otra vez. Hoy salí

un rato y fuí por los muelles para hacer ejercicio.

El doctor X, deseando terminar con aquellas sospechas, se apresuró a intervenir:

—¿Le molesta a usted el brazo, Wells?—le preguntó.

—Sí—contestó éste—, me duele bastante.

—Pues póngase usted cómodo, con toda confianza.

—Es que a veces hay personas a quienes les repugna ver un manco...

Y, con su mano derecha, agarró la izquierda, tirando de ella y separándola del brazo. Era una mano artificial con la que disimulaba su defecto. El muñón apareció algo repulsivo y Wells hizo un gesto de satisfacción, como de quien descansa...

—¡Bueno: creo que basta!—dijo el jefe.

—¿Nos retiramos? — preguntó el doctor X.

Y, tras de saludar en son de despedida al médico manco, salieron todos de su laboratorio, manifestando el policía:

—Este hombre no puede ser el asesino, que es vigoroso y dispone de ambas manos.

—¿Quién está ahí? — preguntó luego señalando otra puerta.

—El doctor Haines—le respondió el doctor X.

—¿Y no pudiera ser éste el criminal?

—¿Qué quiere usted que le diga? Yo no creo que el criminal se encuentre en esta casa, pero, puestos a dudar, se puede dudar de cualquiera.

—¿Sabe usted algo en particular del doctor Haines?

El médico intentó responder con evasivas, hasta que, estrechado por el jefe de policía, repuso:

—El doctor Haines naufragó cierta vez en compañía de los compañeros científicos...

—¿Naufragó?...

—Pasaron veinticuatro días en una balsa y sólo fueron salvados dos: Haines y otro compañero, sin que lograsen explicar en forma satisfactoria la desaparición del tercero, ni cómo se habían alimentado durante tanto tiempo.

—¡Oh! Se trata de un hombre que ha probado una vez la carne humana y las más vivas sospechas recaen sobre él. ¿Podemos verlo?

—preguntó impaciente e impulsivamente el detective oficial.

—Sí, señores, lo verán ustedes, pero él es inocente. El criminal es un monstruo y Haines es un hombre dotado de extraordinario talento y gran bondad... aunque un poco raro.

Penetraron en el laboratorio de Haines, quien se encontraba junto a su mesa, acodado en ella.

—Los señores Stevens y O'Halloran están haciendo unas investigaciones científicas y desean saludarle.

—Bienvenidos sean — dijo Haines—. Me encontraba descansando un poco.

—Les hablaba—continuó el doctor X—sobre sus injertos cerebrales.

—¡Venga usted, doctor! — exclamó Haines—. He descubierto una forma desconocida de célula cerebral.

Se le acercó el doctor X y hablaron en voz baja y, al enterarse Haines de que eran policías, obedeciendo seguramente a una de sus rarezas, le manifestó a su interlocutor en voz baja, pero con extraordinaria energía:

—¡Policías! ¡Que se retiren inmediatamente. o no respondo...!

—¿Experimenta usted con ani-

males?—le preguntó el comisario.

—Con aquellos cuya sangre se parece a la humana.

—Se hace tarde — dijo el doctor X—. El señor Stevens volverá mañana y podrá hablar con usted más despacio.

Y salieron del laboratorio, impresionados los policías por las rarezas y la nerviosidad de aquel hombre, muy propensos a sospechar de él.

—Veremos ahora al doctor Rowitz, el que naufragó con Haines.

Pero antes de que entraran en el laboratorio de éste, se cruzaron con un paralítico que avanzaba en un cochecito haciendo avanzar a las ruedas con el empuje de las manos. Era el doctor Ducke, de quien, por estar imposibilitado, no se podía sospechar.

—¿Está muy ocupado?—le preguntó Ducke al director.

—Estábamos viendo el Instituto —le contestó éste—. ¿Cómo se siente usted, doctor Ducke?

—Muy mal, muy mal... ¡Y no me conteste que lo siente mucho!

—¡Otro chiflado!—pensó la policía—. ¿Pero es que todos los sabios lo están?

Entraron en el laboratorio del

doctor Rowitz y lo encontraron ante una esfera terrestre de gran tamaño.

—¿Estudia usted astronomía?—le preguntó el policía tras las presentaciones de rigor.

—No — contestó—. Estudio la influencia maléfica de la luz lunar.

—¿Lo que llaman lunatismo?

—Precisamente. Es tema muy discutido sobre el que aún no ha dicho la ciencia su última palabra. La luz lunar no afecta a las personas normales. Pero influye decisivamente sobre los neuróticos. Por algo se les llama a los locos "lunáticos". La luna, obrando físicamente, levanta prodigiosas mareas que lavan las costas de la tierra. ¡Es una ilustre sirvienta fregona!

—Un símil poético — manifestó el doctor X.

—Podemos retirarnos.

Ya fuera del laboratorio, un policía manifestaba:

—El criminal tiene el rostro desfigurado, lo mismo que Rowitz, y bien pudiera ser éste.

—¡Imposible!—contestó el doctor X—. Rowitz es un poeta que acaba de publicar un libro de inspiradas poesías llenas del más refinado sentimentalismo.

En un pasillo encontraron a Yoan, la hija del doctor, inquieta al ver cuanto tardaba su padre en recogerse y encontrando muy extraña aquella visita a tales horas. Su padre la tranquilizó, la envió a acostarse y, despidiéndose de la policía, solicitó un plazo de veinticuatro horas en el que se comprometía a descubrir al asesino mediante determinados experimentos. Los policías le concedieron cuarenta y ocho horas, amenazándole, para el caso

de que no descubriese al criminal, con detenerlos a todos. El caso era muy grave y las sospechas muy fundadas.

Cuando ya marchaban, se encontraron, al empezar el descenso de la escalera, con un hombre de mirada atravesada y cara espantosa de criminal.

—Soy—les dijo, al ver que lo miraban inquisitivamente con descaro — el ayuda de cámara del doctor.

SOSPECHAS GENERALES

La policía, tan práctica en tratar con criminales, con tan larga experiencia del delito, marchó de la clínica del doctor X sumida en un mar de confusiones, ya que cualquiera de cuantos vivían en aquel local podía ser muy bien el asesino buscado.

Las confusiones son aún mayores para el espectador de la película y para el lector de esta novela, ya que conocen detalles desconocidos por la policía y que pueden ser indicios de culpabilidad.

Así ocurre con la rápida investigación del doctor X hecha a oscu-

ras y con grandes prisas en su archivo antes de que la policía llegase. ¿Era acaso el criminal el mismo doctor X? ¿O se trataba simplemente de ocultar documentos que, en caso de un registro, pudiesen comprometerle por otros motivos, o aun de documentos que deseara ocultar sin que representasen la prueba de ningún delito? Bien pudiera ser. Quizás guardaba en su archivo el doctor documentos relacionados con sus investigaciones que le interesase mantener en el mayor secreto.

Sus huéspedes y colaboradores aparecían también como muy posibles autores de los hechos criminosos.

Al principio, la culpabilidad de Wells parecía sólidamente fundada en el hecho de que se hubiese dedicado en Africa al estudio del canibalismo, antecedente muy importante, ya que la locura del criminal le conducía a cortar con los propios dientes pedazos de carne o de nervios de las víctimas, signo de locura antropofágica. Si él se acostumbró en Africa a comer carne humana, pudiera ser solicitado violentamente por el ansia de repetir los festines y de morder tejidos aún

palpitantes, naciendo de ahí sus horribles estrangulaciones seguidas de sus inhumanos mordiscos tras de efectuar una incisión con un escalpelo de los que únicamente eran usados en aquella clínica.

Pero había quedado descartada la posible culpabilidad del doctor Wells ante la vista del muñón de su brazo izquierdo, ya que el criminal estrangulaba a sus víctimas con dos manos forzudas, dejando en su cuello la impresión de ambos pulgares.

También era necesario excluir de las sospechas al doctor Ducke, ya que se encontraba paralítico y solamente podía trasladarse de un sitio a otro penosamente en un cochecillo. Pero ¿no sería posible que su parálisis fuese fingida y a modo de coartada?

Los otros dos doctores parecía que habían probado la carne humana y se habían alimentado de ella en su naufragio durante muchos días, por lo que la sospecha que recaía sobre ellos era más violenta aún.

El doctor Haines era además un hombre extraño, un verdadero chiflado, y la chiflatura puede ser muy bien la exteriorización de la locura, tratándose de encontrar un loco,

dados los caracteres de los crímenes en los que solamente parecía perseguirse el placer de morder carnes aun palpitantes.

Por otra parte el doctor Rawitz, sobre tener la cara algo desfigurada, como había logrado averiguar la policía que le ocurría al criminal, se dedicaba con apasionamiento al estudio de la influencia de la luna sobre la psicosis.

La humanidad ha concedido siempre a la luna influencias extrañas, muchas de las cuales han sido desmentidas categóricamente por la ciencia, aunque, según algunos, tal vez de un modo prematuro.

Sabida es la superstición de que la luna influye sobre la meteorología y que el tiempo que hace en determinada luna marca el que hará durante un largo período. También es sabido que el vulgo atribuye los cambios del tiempo a los cambios de las fases del satélite. Parece que se trata de hechos que

la larga experiencia humana comprueba, pero no con el rigor que pretenden exigir los sabios. Pero, en cambio, éstos han encontrado también raras concomitancias entre el tiempo que hace y las manchas del sol.

La superstición—por llamar al hecho como quieren los sabios—de que la luna influye sobre los alucinados determinando crisis periódicas careciendo de todo rigor científico, tiene en su apoyo la preocupación universal, que de algo debe proceder. No es, pues, extraño que un sabio se dedique a estudiar lo que haya de cierto o de falso en tal hipótesis. Pero tal estudio debe interesarle más a quien se encuentra propenso a sentir personalmente tal influencia, por lo que Rawitz se hacía más sospechoso.

Por otra parte, hasta el ayuda de cámara, con su aire estrábico y con su cara patibularia, era capaz de inspirar marcadas sospechas.

ACLARACION CIENTIFICA

Antes de continuar con la acción llena de palpitante interés, demos una ligera explicación aclaratoria.

El doctor Haines explica que ha conseguido conservar vivo un corazón durante tres años. No se trata de palabras efectistas. El hecho ha sido realizado en los Estados Unidos por sabios fisiólogos experimentales manteniendo vivo un corazón separado del organismo que alimentaba de sangre y durante un tiempo que puede considerarse indefinido.

Para ello ha bastado separar el corazón del organismo viviente y substituir por adecuados tubos de caucho a las venas y a las arterias que llegan hasta él, alimentando dichos tubos con "suero fisiológico" mantenido artificialmente a la tem-

peratura constante y propia del cuerpo animal.

La misión del corazón es obrar como bomba, aspirando la sangre venosa e impeliendo la sangre arterial. Además, el corazón funciona por sí solo, con absoluta independencia de la voluntad del animal a quien pertenece. Separado de dicho animal y suministrándole algo equivalente a la sangre, el corazón ha seguido funcionando, ya que él carece de órganos que le permitan enterarse de si se encuentra en condiciones normales o no.

El suero fisiológico, que es lo que resta de la sangre cuando se la priva de los glóbulos rojos, de los blancos y de los demás corpúsculos en suspensión, es sencillamente una disolución de sal marina de la mis-

ma densidad que el agua del mar.

El suero fisiológico, muy usado en la moderna medicina y cirugía en inyecciones que dan fluidez a la sangre y regularizan el funcionamiento cardíaco, es sintético y se obtiene disolviendo, con las debidas precauciones de antisepsia, sal común en agua.

La vida animal apareció primeramente en los mares con el protoplasma y el pankletan. Luego se fueron perfeccionando los seres vivos marinos y complicando su organismo, hasta llegar a salir del agua y transformarse en seres terrestres. Pero conservaron en su interior el mar de donde procedían y todos los animales vivos de la superficie de la tierra contienen un tanto por ciento sumamente elevado de agua del mar.

Así, pues, la experiencia del doctor Haines que vemos en la película, no es ninguna fantasía. Las bombillas eléctricas que se apagan y se encienden sucesivamente con un ritmo semejante al de la circulación de la sangre, obedecen a los movimientos de sístole y diástole del corazón que sigue viviendo artificialmente, sin enterarse de que el cuerpo a que pertenecía murió hacía ya

tres años, y de que su trabajo es completamente estéril y sólo sirve para la distracción de un sabio.

Creemos deber hacer notar asimismo la organización federativa y autónoma de los seres orgánicos.

El corazón late por sí solo, sin intervención alguna de la voluntad del cuerpo vivo que se alimenta de sangre. Su ritmo únicamente es alterado por los pulmones que piden más y más sangre en determinados casos, o por influencias poco estudiadas, como, por ejemplo, la de un ritmo musical cualquiera, o las de ciertos productos químicos o fisiológicos.

Sobre el sistema nutritivo, solamente ejerce el individuo el control de la alimentación, encargándose el estómago de la digestión y los intestinos de la asimilación y de la expulsión de los residuos, sin intervención alguna de la voluntad.

El organismo más directamente dependiente de la voluntad, es el respiratorio, pero acuciándonos imperativamente por medio de los nervios, con impresiones angustiosas, que nos obligan en determinados casos a respirar aceleradamente, sin darnos cuenta de ello, obrando los reflejos que radican en el cerebelo.

Las glándulas endocrinas, cuya función ha sido desconocida hasta hace poco tiempo, son más independientes aún, ya que el organismo ni siquiera sabe darse cuenta de su existencia ni de su funcionamiento.

Así, la "isla" del páncreas, cuida de manera automática, mediante la excreción de la insulina, de que la cantidad de glucosa que contiene la sangre no pase de límites determinados en uno u otro sentido. El páncreas, además de segregar el jugo pancreático, que hace posible la digestión de los alimentos, trans-

forma en grasas los excesos de azúcar, y las conserva a modo de reserva, sin que el organismo se dé cuenta de nada. Otras muchas glándulas endocrinas, como la tiroides, funcionan continuamente de manera automática, administrando al organismo sus hormonas, sin que éste sospeche siquiera su existencia.

Así, la vida orgánica, es un proceso federal, en el que cada una de las partes constituyentes cumple su misión sin necesidad de esperar las órdenes de un cerebro absorbente, que podría cumplir con muchas dificultades su compleja misión centralista.

ENTRETANTO, EL PERIODISTA...

Lee Taylor, tras de telefonar a su periódico la interesantísima información que había conseguido realizar en el depósito de cadáveres, haciéndose pasar por un fiambre para poder escuchar, desde debajo de la sábana y con una etiqueta colgada del dedo gordo de uno de sus pies, la curiosa conversación sostenida entre el doctor X y la policía, se había trasladado a la residencia del doctor, intentando enterarse de los detalles de la visita que a dicho domicilio iban a verificar el primer jefe de policía y su acompañante.

La clínica estaba cerrada a piedra y lodo, y era absolutamente imposible penetrar en ella. Si el periodista hubiese llamado, no pudiendo presentarse allí como un ca-

dáver, no le hubiesen dejado entrar. Tratando de enterarse de algo, se encaramó por las escaleras que suelen tener en el extranjero todas las casas en su fachada accesoria para que sirvan de fácil evacuación en caso de incendio. Escaleras metálicas reducidas a su más simple expresión y, a veces, corridizas como las que usan los bomberos.

Trepando por ellas, procuraba asomarse a todos los huecos y mirar para intentar ver algo, y acercaba sus oídos a los cierres por si conseguía escuchar alguna palabra.

Pero el fresco cuanto incauto periodista no tenía en cuenta que quien mira puede ser visto y quien escucha escuchado.

En una noche normal, entregados

todos al sueño, su exploración hubiera pasado seguramente inadvertida, pero aquella noche reinaba la inquietud en aquella mansión, y la hija del doctor, la bellísima Yoan, desasosegada al ver a su padre inquieto y con extrañas visitas a aquellas intempestivas horas, estaba atenta a todos los ruidos.

Así es que escuchó la marcha aturdida del reportero y, llena de inquietud, pero valiente como ella sola, requirió una pistola y salió al exterior para sorprender a quien así se paseaba por las escaleras de servicio.

—¡Alto!—le gritó al descubrirlo—. ¿Qué hace usted ahí?

Y el atribulado joven, sin concertarse, respondió balbuciente:

—Soy inspector de edificios y trabajo de noche.

—¿Conque inspector, eh? ¡Baje usted inmediatamente!

—Además, padezco ataques de sonambulismo y hasta pudiera ser que estuviese un poco tocado de la cabeza...

—Baje usted, le digo, o disparo...

Ante tan contundente argumento y ante tan seria amenaza, el joven se apresuró a descender y, ya ante

ella, se volvió la solapa y le mostró la placa que a modo de insignia usan los periodistas en ciertos países extranjeros, asegurándole muy serio:

—Ya le he dicho a usted que soy vigilante especial. ¿Y usted quién es?

—Yo soy la hija del doctor Xavier, dueño de esta clínica, y me extraña muchísimo...

—A mí también me extraña muchísimo—la atajó él muy fresco—, pero hablemos de su padre de usted.

—¿De mi padre...?

—Sí, de su señor padre. ¿Ha notado usted en él algo raro?

—No puedo contestarle a usted —respondió la joven, muy indignada, a tan inconveniente pregunta—. Y ahora márchese usted.

—¿Tiene usted licencia para el uso de armas?

—Sí, señor. Buenas noches.

Y, como la joven le señalaba el camino con el cañón de la pistola, siempre amenazador, Lee se vió precisado a retirarse con sumo sentimiento, no tan sólo por tener que abandonar sus pesquisas periodísticas, sino también porque aquella muchacha le había resultado extre-

madamente simpática y, como era tan guapa, casi se había enamorado repentinamente de ella.

Así es que el reportero marchó a la redacción, donde recibió las felicitaciones de su jefe.

—¡Pero no puede usted imaginarse el trabajo que me ha costado obtenerlas—le dijo—y los papellitos que he tenido que hacer!

Su jefe le ofreció un cigarro, que él rechazó con horror. Sin embargo, ignoraba el joven lo agradecido que debía estar a los cigarrillos, por muy explosivos que fueran. Nada menos que la vida le había salvado uno de ellos.

Cuando se disponía a abandonar los alrededores de la casa del doctor X, quiso antes fumar, y se acordó del cigarrillo que le había dado el guarda del necrocomio. Tranquilamente lo sacó y, abstraído en la operación de encender una cerilla y con ella el pitillo, no se dio cuenta de que un terrible fantasma, envuelto en negro capuchón, se acercaba a él dispuesto a estrangularlo.

Era el criminal que tantos asesinatos llevaba ya realizados a la luz de la luna llena, que se acercaba alevosamente a él, dispuesto a

hacer presa en su garganta con sus manos forzudas, para ahogarlo, sin que pudiera lanzar ni un solo grito. Después de estrangularlo, le abriría una incisión con un escalpelo especial y seccionaría, con sus dientes, un trozo de su tejido nervioso, que masticaría con fruición. Jamás se había visto la vida de un hombre tan cerca de la muerte. Unos segundos más y las terribles manos se agarrarían como garfios a su cuello. Ninguna víctima había logrado escapar a tal caricia. El asesino, avanzando cautelosamente, se sentía feliz al ver que otra víctima iba a ser sacrificada.

Aquel ser deforme y encapuchado, con el ropaje negro, estaba tras del incauto periodista y extendía sus manos para estrangularlo. Ya las acercaba a su cuello, ya bastaba un insignificante movimiento para que el crimen fuese consumado. Pero en tal momento, Lee acercaba la cerilla al cigarrillo que le había dado el guarda del necrocomio, y se producía una pequeña explosión.

El guarda había querido darle un pequeño susto, escarmiento de gorristas, y le había salvado la vida, sin que él se diese cuenta de ello, porque el estrangulador, sor-

prendido a su vez por la inesperada explosión y temiendo, tal vez, que su ruido atrajese gente extraña, se había apresurado a huir, sin hacer presa en su garganta.

Pero el caso era que Lee estaba escamado de los cigarros, y no quiso aceptar el que le brindaba el jefe de los reporteros.

Mas si el cigarro ofrecido era una deferencia digna de agradecer, el encarguito que vino luego era verdaderamente un hueso. Se trataba de que el reportero tenía que proporcionarse el retrato del doctor para ser publicado en el número siguiente.

Y el número que estaba ya en prensa, contando la escena sorprendida en el depósito de cadáveres, provocaría, indudablemente, una tempestad de ira en la clínica del doctor X, tan empeñado en que nada supiese la prensa. Además, como la hija del doctor acababa de verle, le reconocería fácilmente y adivinaría inmediatamente que se trataba del indiscreto periodista, que tan flaco servicio le había hecho a su padre, con lo que tenía la seguridad de ser pésimamente recibido.

Y, por otra parte, aquella mu-

chacha le interesaba muchísimo, y hasta casi estaba un poco enamorado de ella.

Así es que intentó desentenderse de dicho encargo y le suplicó a su jefe que le encomendase otro servicio cualquiera, menos aquel de encargarse de la adquisición del retrato del doctor.

—¿Usted querrá seguir cobrando su sueldo?—le preguntó el redactor jefe, como quien pregunta lo más nimio.

—Claro está que sí.

—Dígame — manifestó el jefe por teléfono a la administración — cómo están las cuentas del reportero Lee Taylor.

Ante signos tan elocuentes de una despedida fulminante, temiendo ingresar inopinadamente en la terrible falange de los sin trabajo, Lee amainó inmediatamente. Siempre tendrá que hacer el esclavo lo que quiera su amo, y el asalariado, sea manual o intelectual, siempre tendrá que someterse a los caprichos del patrono o del jefe que lo represente, sin poder atender a los impulsos propios.

Ofreció, pues, Lee proporcionarse el retrato del doctor.

Efectivamente, al día siguiente,

se presentó, revestido del mayor cinismo que pudo acopiar, en la clínica del doctor Xavier, llevando en las manos un hermoso ramo de flores.

Salió a abrirle la criada, que era una perfecta idiota, aunque también se traía lo suyo, y que comenzó por preguntarle:

—¿No será usted un reportero?

—¡Ca! ¡Ni pensarlo! — respondió él muy fresco.

—Está bien—dijo la fámula—. Es que han venido muchísimos y tengo orden terminante de despa-charlos a todos con cajas destem-pladas.

—Lo comprendo perfectamente, señorita Xavier—respondió él muy guasón, haciendo como que confundía a la criada con su señorita.

—Yo no soy...—dijo ella medio sofocada por la emoción, al verse confundida con la hija del doctor.

—Me dijeron—explicó él muy serio—que era guapísima y de unos veinte años...

—Yo... tengo veintiuno... — ase-guró ruborizándose, la criada, com-pletamente atontolinada y quitán-dose muchos abriles de encima, en-cantada de tropezar con un hom-bre tan torpe.

—Pues yo—continuó él, bucean-do en los más bajos fondos de su desaprensivo buen humor—deseaba ver a la señorita Xavier... de parte de mi abuelita.

—Pues voy a anunciarle...

—Tome usted estas flores...

Las recibió la criada de manos del reportero, encantada de su aten-ción, pues la gárrula palabrería del periodista había conseguido aton-tarla por completo, y soñó por un momento que las flores fueran pa-rra ella.

—...para la señorita—añadió él, comprendiendo sus gestos.

La criada tuvo otro de mal hu-mor y acompañó al joven hasta un salón, pasando luego a anunciar a la hermosa Yoan, que un caballero muy joven y guapo venía a visi-tarla de parte de su abuelita.

En el salón, sobre una mesita, había dos retratos: el del doctor y el de su hija. Lee, con toda frescu-ra, los sacó de su marco y se los guardó. Primero el del padre, que era el que más prisa le corría, y luego el de aquella gentil mucha-cha, que tanto había logrado inte-resarle.

Pero, mientras intentaba guardar el segundo, sorprendió su acción la

gentil Yoan, desde la puerta del salón.

Al darse cuenta él de ello, con su natural frescura, no se descon-certó:

—Dispense—dijo—. Creí que la oiría entrar.

—Si quiere usted volveré a en-trar y toseré antes—dijo ella, bur-lona.

—No, no; quédese usted.

—Veo que se encuentra usted a sus anchas. ¿Puedo sentarme con su permiso de usted?—le preguntó la joven, para ver hasta dónde lle-gaba la frescura de aquel intruso en quien había reconocido desde el primer momento al nocturno explo-rador de las escaleras de servicio durante la noche anterior.

—¿Cómo no?—contestó él—. Y, puesto que vamos a charlar, ¿quie-re usted un cigarrillo?

Y abriendo una caja que había sobre la mesa, se la brindó a la jo-ven, mientras él tomaba también uno, mirándolo con cierto recelo, aun en su memoria la explosión del del guarda.

—¿Pensaba usted llevarse mi re-trato?—preguntó Yoan, aludiendo al que aún conservaba Lee entre las manos.

—Estoy coleccionando fotogra-fías de muchachas bonitas—dijo él.

—¿Y también las de sus padres? —inquirió la joven.

—¿Cómo dice usted?—preguntó el reportero, desconcertado y fasti-diado, a la vez, al comprender que iba a ser irrealizable su plan.

—Se le ve a usted la punta—dijo ella, señalando la del retrato del doctor, que asomaba bajo la solapa de la americana del reportero.

—Perdone usted, señorita.

—Veamos: ¿quién es usted?

—Soy Lee Taylor, reportero del "Daily World".

—¡Ah, vamos! — dijo ella, muy seria y muy triste—. Usted es quien escribió esa insultante información en desprestigio de mi padre y de su clínica.

—¡Pues yo no he leído nada to-davía! ¡Pero debe tener en cuenta que se trata de un caso sensacional, de inmenso interés para el lector.

—Son ustedes los periodistas se-res perversos y maldicientes, que no vacilan en perjudicar a un tercero para adular la malsana curiosidad del populacho.

—Señorita: ¿Usted no ha leído nunca con curiosidad las informa-ciones periodísticas? ¡Y libreme el

cielo de suponer que forma parte usted del populacho! Para los lectores como usted es para quienes yo escribo.

—Pero no repara usted en el daño que hace. Mi padre se verá obligado a marcharse de aquí, a continuar en otra parte sus investigaciones.

—¿Se van a marchar ustedes? ¿Cuándo? ¿Dónde?—preguntó con ansiedad mal disimulada el reportero.

—No se lo diré a usted porque lo publicaría indiscretamente.

—¿Me cree usted capaz de una cosa así? ¿A mí?

—Anoche me engañó usted con su insignia de periodista, haciéndome creer que era un agente oficial. Pero no me volverá usted a engañar. Tenga usted la bondad de retirarse.

—Necesito terminar este reportaje y supongo que usted no querrá que me despidan del periódico y que quede en la terrible situación

de parado y que me muera de hambre...

—Retírese usted — insistió ella, ya con menos severidad, pues el joven le era cada vez más simpático.

Pero, al notar él que ella se ablandaba y era menos severa, manifestó:

—Repita usted esa frase terrible otra vez... Pero más cerca.

—Pero ¿es que es usted sordo?

—No. Afortunadamente, no tengo nada de sordo. Pero es que me gusta verla de cerca a usted.

—Márchese usted de una vez—insinuó ella ya sonriente.

—Tuve suerte—iba pensando él al marcharse, encantado aún por el recuerdo de la adorable y bondadosa sonrisa de Yoan.

Pero, una vez en la calle, al separarse de la puerta y pasar bajo una ventana, la criada, a quien acababa de reñir la señorita por haberse dejado engañar por un reportero, le obsequió con un chaparrón de agua sucia, que vertió sobre su cabeza, gritándole:

—¡Para su abuelita!

LA PRUEBA DE AQUELLA NOCHE

Aquella noche reunió el doctor Xavier a los cuatro doctores, que trabajaban en su laboratorio y les puso en antecedentes de cuanto ocurría.

Les recordó los terribles asesinatos que venían cometiéndose en los plenilunios y que tenían aterrada a la población. Les hizo notar que todos habían sido efectuados en las proximidades de la clínica y que, además, en todos ellos, la incisión que había precedido a un repugnante acto de canibalismo, había sido realizada con un escalpelo de los fabricados expresamente para el establecimiento y exclusivamente usado en él.

En tales condiciones, era natural que la policía sospechase de cuantos allí habitaban y amenazase con

una investigación criminal, que sería altamente perjudicial para todos.

Los oyentes estaban consternados pues, efectivamente, era racional pensar que entre ellos debía encontrarse el culpable, lo que les llenaba de horror y de inquietud.

—Cualquiera de nosotros—concluyó el doctor X — puede ser el desdichado asesino, en el que únicamente se manifiesta un desarreglo mental, influenciado seguramente por el plenilunio.

—¿Y nos ha reunido aquí para decirnos estas cosas tan desagradables? — preguntó malhumorado el doctor Haines.

—Deseo realizar, con vuestra cooperación, un experimento que pu-

diera descubrir al culpable — le contestó el doctor Xavier.

Todos sacaron gesto de mal humor, propenso a una negativa.

—Una investigación criminal nos perjudicaría a todos igualmente— insistió el director.

—Es verdad—manifestó uno de ellos—. ¿Y qué aconseja usted?

—He pensado hacer un experimento que revelará nuestra inocencia o culpabilidad.

—¿Y si hubiese un culpable...? —preguntó otro, horrorizado.

—La despedida voluntaria de la vida—manifestó, solemne, el doctor —es siempre muy preferible a la retribución que exige la ley.

—¡Me niego! —gritó, descompuerto, Haines.

—Entonces actuará la policía.

—Acepto el experimento —respondió el paralítico—, para demostrar mi inculpabilidad.

—Yo también—dijo Wells.

—Sí, todos aceptamos.

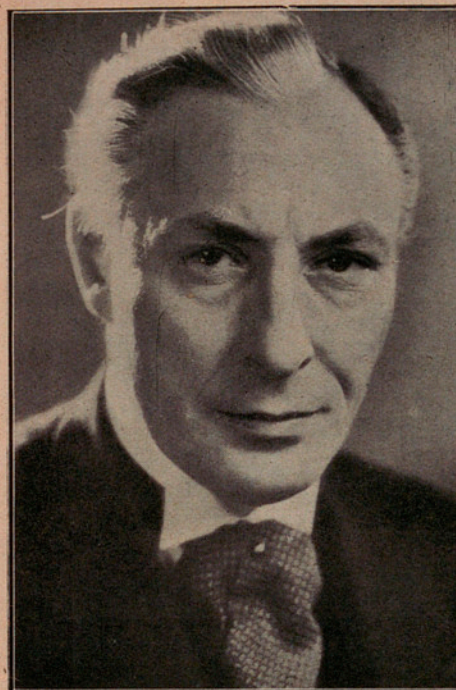
—Dentro de diez minutos comenzarán los experimentos.

—¿En qué consistirán?

—Todos ustedes saben que la presión sanguínea responde a la emoción. Pero acentuada dicha presión sanguínea por las corrientes de alta frecuencia, haré que se exteriorice en el nivel alcanzado por un líquido en un tubo distinto para cada uno de nosotros. La reconstrucción de las escenas terroríficas, correspondientes a los crímenes, no podrán menos de ocasionar una profunda emoción en el criminal, cuya personalidad será acusada por el nivel del líquido en su tubo personal.

—Pero, si todos somos víctimas de las sospechas, ¿quien será el operador?

—Quien únicamente puede estar completamente libre de ellas, como le ocurre a Wells, toda vez que es manco, mientras que el asesino ha demostrado, por las huellas dejadas en el cuello de sus víctimas, que posee dos manos robustas.



El Doctor X.



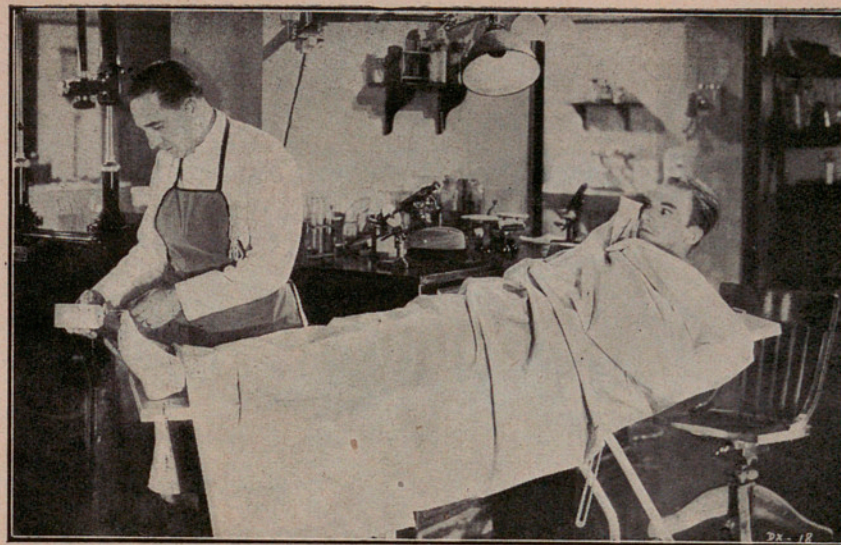
Yoan, la hija del Doctor X.



El doctor Wells.



—Es extraño—le dijo el reporter al conserje del necrocomio—. Esta noche no entran más que cadáveres y médicos.



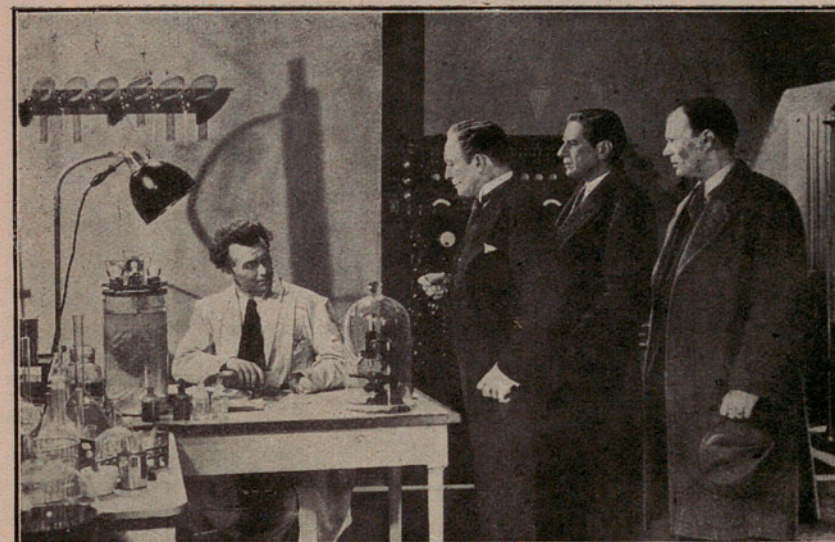
Su cuerpo, cubierto con una sábana, fué colocado sobre una mesa...



... y luego se llevó, extrañado, las manos a los desnudos pies...



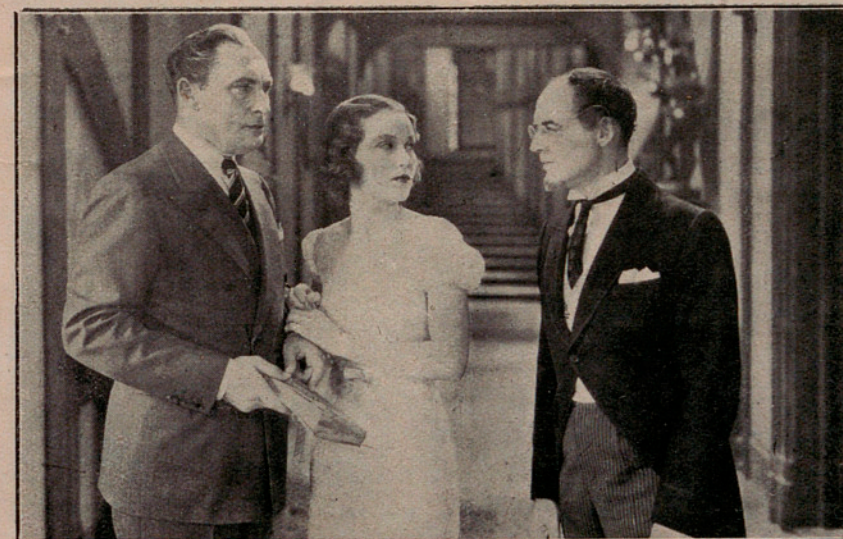
—Estás perjudicando tu salud, papá—le dijo Yoan al Doctor X.



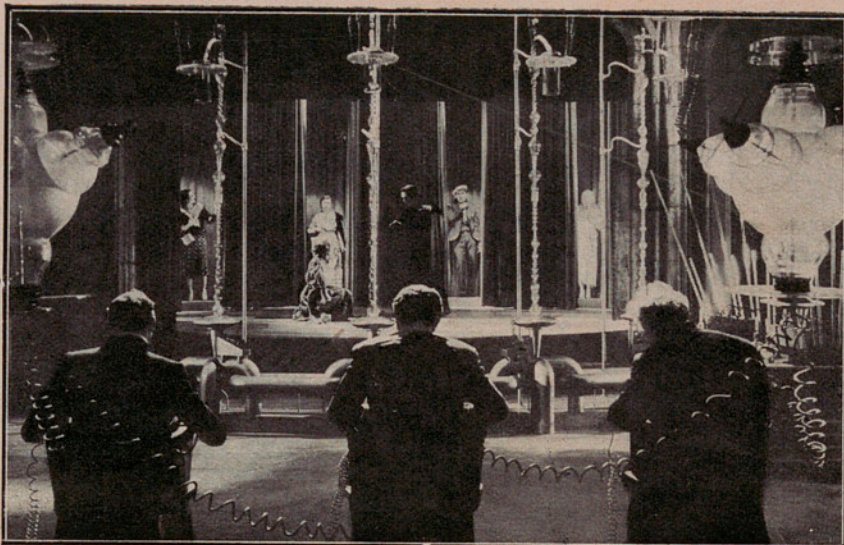
—Es que a veces hay personas a quienes les repugna ver un manco.



Varios sabios investigaban en el laboratorio del Doctor X.



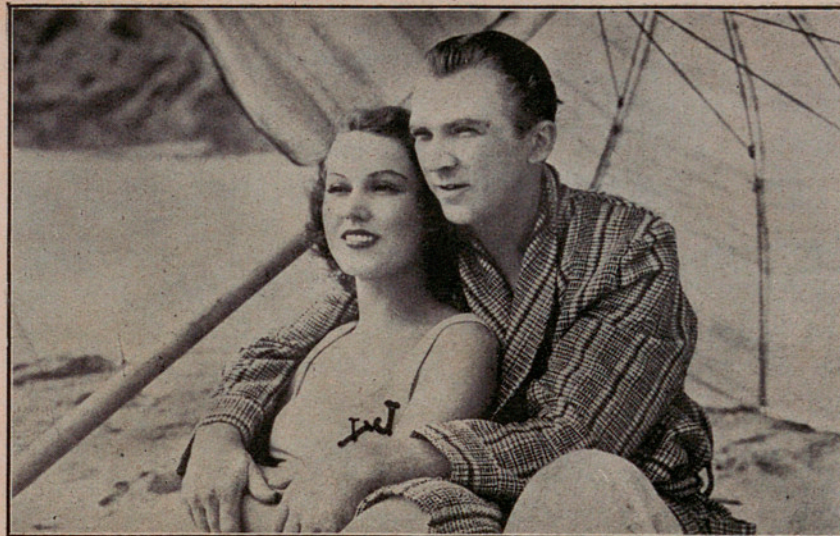
Aun volvieron a encontrar a Yoan, la hija del doctor...



—En el escenario van a ver las diferentes y sucesivas víctimas..



Pudo comprobarse que Rowitz no era el asesino, por la sencilla razón de que había sido asesinado a su vez.



—Serénese, Yoan, olvídense de que soy de la prensa y cuénteme sus impresiones.



... se brindó espontáneamente a desempeñar el papel...



... retenido por las ligaduras que en vano pretendía romper...



Ambos—Yoan y Lee—serían muy felices,

MIENTRAS SE PREPARA LA EXPERIENCIA

Lee Taylor no puede substraerse a su curiosidad y a su deseo de conservar su plaza de reportero, por lo que pone a contribución todo su ingenio para introducirse en la clínica. Una vez dentro, contemplando los aparatos extraños empleados para las investigaciones científicas, se cree encontrarse en una destilería y se preguntá en dónde se encontrarán los productos de la destilación. Un buen trago le reconfortaría y vencería su desmedida nerviosidad.

Pero necesita ocultarse para no ser sorprendido y poder enterarse, desde su escondite, de cuanto allí puede ocurrir, por lo que se le ocurre meterse en un desván.

En los desvanes suelen encontrarse arrumbadas las cosas más absurdas, pero ello ocurre, indudablemente, fuera de todo límite, en los correspondientes a un edificio dedicado a investigaciones médico-biológicas, a las que se consagran médicos tan chiflados como los huéspedes del doctor Xavier.

Así es que el joven Lee, tras de entrar en el desván, en lugar de tropezar con las soñadas botellas, lo hizo con otras cosas tan extrañas cuanto desagradables, y entre ellas con un esqueleto.

—¡Mala suerte!—exclamó el periodista.

Pero el esqueleto se encontraba colgando de una suspensión elástica

ca y, tras de chocar con el reportero, comenzó a ejecutar una danza macabra, cadenciosa y sangüenera como un tango.

Lee no perdía nunca su frescura ni su buen humor, de manera que se apresuró a corear con palmadas, velado el ruido por los guantes, la danza del esqueleto aquél.

Pero frente al que bailaba había otro esqueleto en actitud amenazadora, con las dos manos en alto, dispuestas a bajar sobre el pobre periodista, proporcionándole un susto mayúsculo.

Para mayor rigor de desdichas, penetró en el desván un chorro de gases procedentes de ignorada experimentación científica, que medio asfixiaron al plumífero y le hicieron perder el sentido, quedando desplomado sobre el suelo, apoyado en la puerta...

Entretanto, el ayuda de cámara, de mirada torcida y cara patibularia, tras de notificar a su señorita que quedaban las habitaciones listas, se retiraba acompañado de la sirvienta, medio tonta, gastándole bromas de mal gusto.

—¿Estás asustada?

—La casa me da miedo—decía ella.

—¿Quieres ver un fantasma?—le preguntaba él.

—Me basta con verle a usted—contestaba la menegilda, con sobrada razón.

—Pues ya verás lo que te espera.

—No trate usted de ponerme nerviosa...

—Huele a capilla mortuoria, ¿verdad, Mamie?

—Así huele usted — respondía ella que, como se ve, era ingeniosísima en sus respuestas.

—No te reirás luego, más tarde, cuando te pongas estas ropas—insistía él, mostrando unas que llevaba en su brazo.

—¿Esas ropas?

—Las trajeron del necrocomio y son las de la sirvienta asesinada. ¡Mira aún la sangre!

—¿Qué sucede? — preguntó el doctor X, acercándose.

—Está asustadísima.

—¡Veamos! ¿Traes las ropas, Otto?

—Aquí están.

—Póngaselas usted, Mamie.

—Pero yo... — gimió cada vez más terrorificada la sirvienta.

—Usted y Otto representarán la escena del crimen, y usted hará el papel de víctima.

—¡Que lo haga Otto!—exclamó ella, sin darse cuenta cabal de lo que se trataba.

—Otto hará de asesino. No hay que temer nada. De modo que, a vestirse de prisa.

LA EXPERIENCIA

Cuando acudieron los doctores al laboratorio del doctor X encontraron novedades que ocasionaron su sorpresa.

—¿Qué cambios ha hecho usted en su laboratorio?—preguntó uno.

—Lo he variado algo — respondió.

En medio había una especie de escenario destinado a la reproducción de los actos criminosos que habían de ocasionar la emoción del asesino, capaz de traducirse en aumento de la presión sanguínea y de ser revelada por los tubos, desenmascarándolo.

Cada uno se sentó en su sillón y a sus muñecas fueron ajustados reóforos que permitirían trasladar por medio de una corriente eléctrica la medida de su presión arterial a los aparatos medidores.

Para sobreexcitar dicha presión funcionaría una gran bobina de alta frecuencia que, conforme lo demostró experimentalmente el doctor D'Arsombal, obraría sobre los organismos, facilitando extraordinariamente la circulación.

Durante los preparativos, el doctor Xavier recorrió una cortina y la luna, en su máximo apogeo, toda

llena y redonda, hizo penetrar sus rayos hasta aquel misterioso laboratorio, en el que se intentaba una experiencia llena de emoción, por lo que de ella se esperaba, por el misterio que pretendía descubrir.

Al doctor Haines le molestaba extraordinariamente aquella luz.

—¡Su luz me da en la cara!— exclamó malhumorado—. ¡Corra de nuevo esa cortina! ¡No la puedo resistir!

—Tal vez uno de nosotros—dijo el doctor Xavier, lentamente—sea el asesino, el lunático, a quien la luna llena le lleva a cometer sus repugnantes crímenes...

Todos le escuchaban presas de emoción profunda.

—Obseso de canibalismo—continuaba—que abandona a sus víctimas mutiladas por sus dientes...

—¡Es horrible!—decía uno.

—Como el doctor Wells es manco, no está incluído en la sospecha, puesto que el criminal posee ambas manos. El dirigirá los experimentos.

—¿Y yo, que estoy paralítico?—murmuraba iracundo Ducke.

—Vaya al gabinete de control, Wells—ordenó el director—. Yo—

añadió—les dejaré un momento para anotar las reacciones sanguíneas.

Los tres doctores, sometidos a la experiencia, protestaban en voz baja.

—Yo no encuentro ético el proceder de Xavier—decía uno.

—Y ese Wells, que fué interno mío—decía otro—, interviene ahora como pesquisador de mi conducta...

—El doctor tiene que hacerlo así—decía el tercero.

Reapareciendo, el doctor X explicó:

—La bobina de alta frecuencia, como todos ustedes saben, amplía la presión arterial y las variaciones de la presión cardíaca. Tales variaciones, tras de pasar por condensadores de cristal, revelan en los tubos térmicos el aumento de la pulsación y la reacción nerviosa.

Entretanto, dos de los sometidos a prueba hablaban.

—¿Fué ultrajada la víctima?

—Sus inclinaciones sádicas le arrastraron demasiado lejos.

—Suplico silencio—manifestó el doctor X, continuando así:

—Opino que uno de nosotros se vió alguna vez obligado a practicar el canibalismo, quedando en él una

locura disimulada, que se exacerba con el plenilunio y que la radiosensibilidad pondrá de manifiesto. Su excitación mental lo desenmascarará. Cada uno de nosotros está conectado con un tubo y solamente yo sé a quién pertenece cada uno de ellos.

—¡Protesto!—gritó Haines.

—¡Está usted demasiado excitado!—le dijo fríamente el doctor X.

Este continuó después:

—El ritmo acelerado del corazón elevará el nivel y el terror hará que el líquido rebose del tubo, descubriendo así al culpable. En ese escenario van ahora a ver a las diferentes y sucesivas víctimas, representadas por figuras de cera.

“He aquí a una mujer desventurada. Fué encontrada en una calleja por el asesino...”

“Aquí está otra de las víctimas, pobre mujer que fué asesinada al amanecer. Fué encontrada cerca de los muelles.

“Un morfinómano fué asesinado cerca de una taberna...”

“Una joven fué estrangulada en la cama de un hospital...”

Y las figuras de cera reproducían la imagen de aquellas víctimas que debían, indudablemente, producir rudo choque en el alma del asesino.

—Y ahora viene lo más emocionante, la reproducción del último asesinato: fijaos.

“La pobre sirvienta regresa de su humilde trabajo... La luna brilla llena en lo alto... La víctima penetra en una callejuela... Una figura horrible se arrastra hacia ella... Unas manos férreas aprisionan su garganta...”

Mientras el doctor Xavier pronunciaba tales palabras, la escena era fielmente reproducida por el monstruoso ayuda de cámara y la criada, que temblaba de terror, mientras que el director atendía cuidadosamente a los tubos. De repente lanzó un grito:

—¡Ese tubo! ¡Ese tubo! ¡Se desborda! ¡El asesino es... es Rowitz!

Pero, mientras tales gritos llenaban de espanto todos los ánimos, se hizo de repente la obscuridad y reinó el más completo desconcierto...

OTRO CRIMEN LUNATICO

Vuelta a encenderse la luz, con el mayor desconcierto de todos pudo comprobarse que Rowitz no era el asesino, por la sencilla razón de que el infeliz había sido a su vez asesinado por las mismas terribles manos férreas, que tantas víctimas habían ya producido.

Rowitz había sufrido un acceso inmenso de emoción, que había hecho subir el nivel del tubo registrador que le pertenecía, pero era perfectamente explicable dicha emoción al sentirse estrangular.

El asesino estaba allí, pues, efectivamente. Era para sospechar de todos, para perder la razón.

Y lo más grande era que el paralítico incurable caminaba. Se ha-

bía levantado, había abandonado su cochecillo y caminaba. Las sospechas recayeron sobre él.

—¡Ducke está caminando!

—¿He caminado yo?—preguntaba éste como alelado—. ¿Me han visto caminar?

—¡Impostor! ¡Su parálisis es fingida! ¡Usted es el asesino!

—Poco a poco... Olvidan ustedes los efectos pasmosos de las reacciones histéricas. La emoción ha podido curarle.

—Wells, Wells. ¿Dónde está usted?

Apareció Wells, diciendo:

—Se apagaron las luces y sentí que me golpeaban en la cabeza. ¿Qué ha ocurrido?

En medio del desconcierto máximo que allí reinaba, acertó a entrar la tierna Yoan, la hija del doctor X, que encontró a éste inclinado sobre el cadáver de Rowitz.

—¿Qué le ha pasado a Rowitz?—preguntó con ansiedad.

—Nada, hija mía, nada. Un accidente.

—¡Está muerto!—gritó ella espantada.

—Lo mejor, hija mía, será que te retires a tu cuarto.

EL POBRE PERIODISTA

Seguía el desconcierto, y la angustia de todos era cada momento mayor, conforme todos iban dándose cuenta de las circunstancias. El asesino estaba allí. Era uno de ellos. La muerte se cernía amenazadora sobre todos. Las miradas se dirigían iracundas a la luna, que determinaba tan terrible locura. Pero lo peor era la intranquilidad, la desconfianza. Todos se estimaban mutuamente como buenos ca-

maradas. Y, sin embargo, uno de aquellos buenos camaradas, era un criminal o, por lo menos, un loco peligroso. Y era el caso para que cada uno, de por sí, dudase de todos los demás, sin que se escapase a las dudas el propio doctor X, que bien podía realizar la comedia de aquellas experiencias para despistar.

Sólo Wells, por ser manco y haber quedado las huellas de ambos

pulgares en la garganta de Rowitz, quedaba libre de toda sospecha.

Entre tanta intranquilidad y tan terribles sospechas, les pareció oír ruido tras de la puerta del desván y, abierta, se desplomó el cuerpo del infeliz Lee Taylor. Si no se hubiese encontrado desvanecido y con síntomas de intoxicación larga, fáciles de reconocer para aquellos médicos, hubiesen recaído sobre él las más terribles dudas. Pero la gentil Yoan lo reconoció inmediatamente y salió en su defensa, explicando que era un reportero, conducido allí por su afán de realizar una información sensacional.

Con un trago se reconfortó y volvió a la posesión de sus cinco sentidos, dándose cuenta de todo lo ocurrido.

—¿Quién es usted?—le preguntó el doctor X, con severidad.

—Soy Lee Taylor, reportero del "Daily World"—respondió.

—Fué él quien hizo el reportaje que apareció ayer en el periódico—manifestó la joven.

—Me habían encargado—añadió él—de que me informase de lo que ocurriese esta noche aquí... pero me desmayé. Para otra vez llevaré conmigo sales aromáticas.

—Es usted un impostor y le haré detener...

—Mejor. Eso me dará notoriedad y tal vez me proporcione un ascenso.

—No podrá completar su reportaje—insinuó ella, que se interesaba indudablemente por él.

—¿Va usted a dejarlo en libertad?—preguntó uno al doctor.

—De ninguna manera. Y hay que impedir que hable por teléfono.

La joven habló reservadamente con él.

—Me ha de ofrecer usted silenciar lo que aquí ha ocurrido—le dijo.

—Faltaría a mi deber. Se trata de algo sensacional.

—Debe usted esperar a que mi padre descubra al asesino. Eso es lo esencial por ahora.

—El público quiere imperiosamente cosas sensacionales como ésta.

—¿Pero no le interesa a usted nada más que el sensacionalismo? Tenga en cuenta que destruirá el prestigio de esta clínica.

—Lo comprendo... pero mi profesión es cruel.

—Ayúdenos usted—le dijo ella,

mimosa—. ¿Le parece a usted que tenemos pocas inquietudes?

—¿Pues y yo, que tuve que empezar por fingirme cadáver y luego he tenido que bailar en ese desván con un esqueleto?

—Se quedará aquí con nosotros hasta mañana—insinuó la bella joven con la más gentil de sus sonrisas.

—Conforme—respondió él completamente vencido por la gentileza de aquella adorable mujer—, pero con la condición de que me permitan mañana desayunarme con la familia.

—Papá se desayuna a las siete y media... Pero yo no lo hago hasta las nueve...

—A las nueve... Esa es la hora ideal para mí. ¿Podré desayunarme con usted?

—Seguramente.

—¿Y quizás podamos nadar un rato después en esa hermosa playa inmediata?

—Si le gusta a usted el agua...

—A mí, muchísimo... ¿Y qué haría usted si yo me fuese al fondo?

—Le arrojaría un ancla.

—Me ha vencido usted completamente, señorita.

—Pues ahora a dormir. Y no sueñe usted en telefonar, pues no hay teléfono en su cuarto...

—¡Ya me veo sin empleo!

—Otto—añadió Yoan, dirigiéndose al ayuda de cámara—. Prepare una habitación para el señor Taylor, que ha decidido quedarse aquí esta noche.

—Ya está preparada. Su señor padre no desea ser interrumpido.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

—¿Tiene usted sueño pesado?—le preguntó Otto al periodista, mientras lo acompañaba hasta su habitación.

—¿Yo? ¡Como el plomo!

—Peor para usted, porque esta casa tiene muchos misterios.

Y lo dejó así de sopetón, ante la inquietud de una noche alucinante.

LA MAÑANA SIGUIENTE

En la deliciosa playa próxima al laboratorio, y que era como una parte de su parque, se encontraban la mañana siguiente en traje de baño la bella Yoan y el joven Lee, enredados en una de esas charlas deliciosas, en cuyos recovecos se agazapa y esconde el amor.

El reportero, desde un principio, se había enamorado de la joven, siendo inútiles todos los alardes de su frescura para disimularlo. Ella, impresionada por su naturalidad y su franqueza, no encontrándolo tampoco mal parecido, había comenzado seriamente a interesarse por él. Las situaciones ridículas que le había visto atravesar, encontraban razonable disculpa en la va-

lentía sin límites, que representaba el arrostrarlas. Luego, la docilidad con que había accedido a quedarse aquella noche allí, sin atender a sus obligaciones periodísticas y expuesto a perder su colocación, le había demostrado a la joven lo muy interesado que estaba él por ella. Tales circunstancias eran especialmente propicias a un amor que iba creciendo por momentos, con velocidad acelerada.

El había escrito sobre la arena un letrero, y ella reía.

—¿De qué se ríe usted? ¡Ah, vamos! ¡Del letrero! Verdad es que está impregnado de cursilería como los de los tiempos románticos:

“¡Odio. Amistad. Amor!”.

—Parece—insistió el joven—la inscripción de una de esas postales tan cursis, en las que dos palomitas se arrullan enlazados los picos...

—No, no me reía de eso—manifestó ella, desviando la conversación, que le parecía peligrosa, porque amenazaba desembocar en una declaración en toda regla—. ¿Quiere usted que nademos un poco?

—Mire usted — dijo él con su frescura habitual—. Yo siempre he sido muy delicado, desde la más tierna infancia... Pero he ganado varios premios de belleza... en certámenes infantiles... Como de niño, para fomentar mi belleza me bañaba a menudo, estoy un poco hastiado y me atrae poco el agua. Será mejor que nos quedemos aún un ratito aquí.

Ella soltó una sonora carcajada. El buen humor de aquel joven y su gracejo natural le hacían olvidar todas sus graves preocupaciones.

Tendiéndose por completo en la arena y dirigiendo la mirada hacia atrás, vió al doctor X, que los observaba desde el balcón de la clínica.

—Parece que somos vigilados—le manifestó a su compañera.

—No le extraña a usted—contes-

tó ella, en cuyo ánimo volvieron a hacer presa las preocupaciones—. ¡Han sucedido cosas tan horribles!

—Serénese usted, Yoan. Olvídense de que soy de la prensa y cuénteme sus impresiones. Así aligerará su pecho.

Ella permaneció silenciosa, con la mirada perdida en el lejano horizonte.

—¿Acaso es por su padre?—insistió Lee—. No se angustie usted, Yoan. Es que el pobre trabaja bajo una gran presión nerviosa.

Conquistada la joven por la afectuosa charla del reportero, abrió confiada su pecho y, manifestando una angustia inmensa, murmuró entre sollozos:

—¡Es horrible la duda! ¿En quién confiar? El asesino está entre nosotros y puede ser cualquiera... Anoche sorprendí a mi padre inclinado sobre el cadáver de Róvitz...

—Es una sospecha horrible. Déchela. No piense más en ello y vamos a desayunarnos.

Antes de hacerlo, entraron en la habitación en donde la criada yacía en un lecho toda atemorizada y víctima de un ataque histérico. Le prodigaron consuelos y trataron

de tranquilizarla, haciéndole tomar una medicina que debía aplacar sus nervios. Ella no quería dejarlos marchar. Tenía miedo a quedarse sola. Había soñado con un ataúd y se había visto ella misma dentro. Creía que se iba a morir y no quería morir. Tras de beber el contenido de una taza, fuese obra de su imaginación sobreexcitada, fuese malicia de Otto, vió en el fondo pintados dos huesos cruzados y una calavera.

Poco después, separados ambos jóvenes, el doctor X encontró a su hija y le preguntó inquieto por el reportero:

—¿Dónde está Taylor?

—En su cuarto.

—Temo que esté telefoneando a su periódico.

—Tranquilízate—le contestó su hija con una sonrisa amplia. Sabía ella que el periodista era inofensivo desde que se había enamorado de ella.

En esto llamó por teléfono el comisario de policía anunciando que aquella noche enviaría un agente para que le auxiliara en sus investigaciones, y el doctor se esforzó en evitarlo, manifestándole que aquella noche no realizaría experiencia alguna y solicitando enérgicamente que se le cumpliera lo ofrecido de esperar cuarenta y ocho horas.

—Si a media noche—le dijo el comisario — no ha descubierto el asesino, haré detener a todos sus colaboradores.

PREPARANDO OTRA EXPERIENCIA

Para aquella noche decidió el doctor preparar otra experiencia, que sería la decisiva, mientras todos se encontraban sumidos en el mayor aturdimiento y sobresalto.

En efecto: la noche anterior, tras el misterioso asesinato perpetrado en el mismo laboratorio, y tras de la confusión general, así como Yoan había sorprendido a su padre inclinado sobre el cuerpo de la víctima, éste había sorprendido sucesivamente en igual postura a los dos doctores Haines y Ducke. Y ambos, preguntados por lo que hacían, habían respondido que deseaban averiguar si la víctima había sufrido alguna mutilación.

Efectivamente, aprovechando el

desconcierto de los primeros momentos, tras de reconocer todos que la víctima había sido simplemente estrangulada, había aprovechado el asesino un descuido cualquiera y había efectuado en ella una incisión con el escalpelo, y luego una mutilación repugnante, utilizando los dientes, como en los casos anteriores.

¿Había sido el mismo doctor X? ¿Había sido Haines? ¿Había sido Ducke, que ya utilizaba sus piernas? A nadie se le ocurría sospechar del ayuda de cámara, de quien, sin embargo, es seguro que también sospeche el doctor. Tampoco recaían sospechas sobre Wells por la circunstancia de ser manco.

Pero los tres doctores, Xavier, Haines y Ducke, se encontraban sumidos en un inmenso aturdimiento, sospechando cada uno de los otros dos y comprendiendo, también cada uno, que los otros dos, o al menos uno de ellos, el que no fuese culpable, sospechaba de él.

Así es que se decidió que aquella noche se repetiría la experiencia. Pero, para la más completa garantía mutua, los tres doctores se encontrarían sólidamente atados a los brazos de sus sillones, de manera que, mientras los tubos acusaban su excitación nerviosa, se verían imposibilitados de estrangular a nadie. El mismo doctor X propuso la fórmula, sometiéndose voluntariamente a ella, para que así fuese completa la seguridad y la tranquilidad de todos, y únicamente Wells quedaría dueño de todos sus movimientos y ejercería el control haciendo funcionar los aparatos.

Pero, para reproducir la escena del crimen, era indispensable una mujer, y la criada se encontraba en cama, víctima de aguda crisis nerviosa, por lo que Yoan, interesada vivamente en que brillase de una vez la verdad y se aclarase el terrible misterio, se brindó espontá-

neamente a desempeñar el papel en el que el criado simularía asesinarla.

De todo esto, no sabía una palabra Lee, porque se había cuidado de ocultarle todos los planes y preparativos.

Pero mientras se preparaba tal escena decisiva y eran atados los tres a los brazos de sus sillones y conectados los reóforos, surgieron nuevas protestas.

—No debía usted emplear a Yoan—dijo el doctor Bucke.

—Ella misma lo sugirió y no hay ningún peligro—le respondió el doctor Xavier.

—Pero no debía presentarse así ante nosotros, con sólo una camisa de dormir.

—No critique a Yoan por eso. Yo soy su padre y ustedes, por su edad, todos podrían serlo también. El caso es que el cuadro provoque la emoción del asesino al presentarse revestido del mayor verismo posible.

La joven se tendió en el lecho, que aparecía en el pequeño escenario improvisado en medio del laboratorio.

—No temas nada—le dijo su padre—. Cierra los ojos y permanece tranquila, mientras la experiencia se realiza.

Luego, dirigiéndose a Wells, le dijo:

—Ya está todo listo. Váyase al laboratorio de control.

¡MATERIA! ¡CARNE SINTETICA!

Wells se dirigió a su laboratorio particular, con los ojos brillantes y embrujados, cual si reflejasen la mortecina luz del plenilunio.

Allí se acercó a un pequeño armario en el que guardaba unos frascos con reactivos y, tocando un resorte, todo el armario basculó hacia la derecha, girando y dejando al descubierto un ingenioso escondite.

De dicho escondite sacó con su mano derecha un a modo de guante, pero relleno de algo a manera de mano, que ocupaba todo su in-

terior, y lo adaptó como prolongación de su muñón del brazo izquierdo, mientras su risa diabólica alcanzaba los caracteres apoteósicos del triunfo.

Después hizo funcionar la bobina de inducción y la chispa eléctrica, el rayo en miniatura, con esa potencia aún misteriosa y medio desconocida de la electricidad, brotó crepitante entre los electrodos, paseando por ella y sometiendo a su influencia aquella mano artificial, introducida en un guante y adherida al muñón.

Y, bajo la influencia de las descargas eléctricas, aquella mano de carne artificial fué adquiriendo vida y movimiento. Dentro del guante, empezó a articular las falanges de los dedos, mientras la cara del sabio se congestionaba de placer. Los músculos del muñón y los de la mano aquella, al mágico influjo eléctrico, se iban soldando. Los nervios con los nervios. Arterias con arterias y venas con venas. Así la mano artificial, formada por carne sintética, el maravilloso invento de Wells, prolongaba su brazo y obedecía las órdenes que emanaban del cerebro.

Era su invento maravilloso. Había logrado reconstruir la vida por medio de la electricidad. Había logrado crear tejidos musculares y nerviosos y celebrar su empalme y fusión con otros vivos. Había encontrado la fórmula de la carne sintética y de los miembros sintéticos.

Con su invento, los cojos recobrarían las piernas y los mancos los brazos. Las operaciones quirúrgicas más delicadas podrían ser fácilmente realizadas. Seguramente, los huesos, también admitían la misma formación, y se soldaban igualmen-

te bajo los efluvios eléctricos, aunque esto era racionalmente lo más fácil, dada la poca vitalidad de los huesos.

Tal vez piense el lector que es algo atrevido el suponer la posibilidad de tal invento. Pero que recapacite sobre las cosas que parecían imposibles ayer, y hoy nos parecen obvias. El secreto de la vida es el más imperfectamente estudiado hasta ahora. Son desconocidos por completo los elementos que intervienen en la plastogenesia, en la creación de la materia viva. Los tejidos fisiológicos están formados por células enlazadas entre sí por algo misterioso, células que tienen vida propia, que se reproducen y mueren.

Por otra parte, mientras que los misterios de la electricidad han sido explorados con intensidad en la física, lo han sido muy poco en la biología. Y, no obstante, parece lógico suponerle a la electricidad un papel predominante en la vida. Todas las reacciones que tienen lugar en el cuerpo animal, en la materia viviente, dan origen a la electricidad y pueden, a su vez, ser obra de ella.

La electricidad, a su vez, tiene

misterios que son desconocidos por completo, relacionados precisamente con los altos potenciales y las descargas atmosféricas. Tal ocurre con los rayos globulares.

Así es que, sin dejar de ser la hipótesis que presenta la película un tanto atrevida, dado el estado de la ciencia actual, no podemos calificarla de absurda ni de disparatada.

El caso es que el doctor Wells había logrado fabricar carne sintética y proveerse de una mano izquierda que, con los efluvios de las descargas eléctricas de alta frecuencia, se soldaba a su muñón y funcionaba normalmente. Ya se comprende, pues, quién era el asesino, sin que nadie pudiese sospechar de él y siéndole dejada absoluta libertad de movimientos.

Pero el inventor, además de ser un gran sabio, era un lunático. Para realizar sus estudios, había tenido que comenzar por estudiar la antropofagia, para lo que había permanecido largo tiempo en Africa, en donde había tomado parte en festivales y banquetes de canibalismo que habían perturbado su razón, sobre todo, a partir de uno de ellos

celebrado en una noche de plenilunio.

Y, cuando la luna llenaba de luz su disco, no podía resistir la tentación y, valiéndose de que nadie podía sospechar de él, se proveía de su mano artificial, sintética, y estrangulaba a la primera persona indefensa con la que tropezaba, abriendo luego en su cuerpo una incisión y arrancando con sus dientes un trozo de tejidos que masticaba con fruición.

Mientras la mano adquiría movimiento y se solidarizaba con su brazo manco, su sonrisa de triunfo exteriorizaba horriblemente su locura.

Luego, para desfigurar su semblante, como acostumbraba en tales casos, comenzó a esparcir sobre su cara, cubriendo sus facciones, trozos de carne sintética, con consistencia de barro que lo iban enmascarando y que iba cubriendo también, inclusive, sus cabellos. La chispa de la bobina daría luego vida a dicha carne y la soldaría, por breve duración, con la demás carne de su cara.

La escena fué breve, pero llena, toda ella, de horror. Después, el

doctor Wells vistió el horrible capuchón negro que usaba para sus crímenes y salió al laboratorio general dispuesto a estrangular a la joven Yoan que esperaba paciente-mente en el lecho.

ESCENA TERRIBLE

El doctor, deseoso de que el horror de la escena descubriese al culpable, explicaba cuidadosamente y con todo detalle:

—Van a asesinar a Florence Johnson que se encuentra enferma en una cama del hospital. Vean la reproducción exacta de la escena...

—Es media noche — continuaba—. La enfermera acaba de abandonar la habitación y la enferma ha quedado sola, cuando de repente... el asesino lunático aparece...

Y en este momento, efectivamente, aparece en escena el doctor Wells con su mano sintética, pro-

longando su muñón manco, y su cara desfigurada en la forma que hemos dicho, vistiendo el negro ropón.

—¡El asesino!—gritó Haines.

Y el asesino agarró la delicada garganta de la joven dispuesto a estrangularla, lanzando Yoan un agudo grito.

Pero, aunque la cara estaba desfigurada, el doctor Wells no podía desfigurar también las proporciones de su cuerpo ni el aire de su ademanes, y los otros tres doctores lo reconocieron:

—¡Es Wells!

—¡Es Wells!

—¡Es Wells!

—¡Sí!—les gritó éste con cinismo—. Soy yo, pero Wells no existe. ¿No es Wells manco? Pues yo no soy manco, luego no soy Wells. Pero soy el sabio más grande del mundo, pues he realizado el descubrimiento más inmenso y trascendental. ¡He descubierto la carne sintética! ¡Sé fabricar músculos, nervios y tendones, huesos, arterias y venas, y animarlo todo de vida y fundirlo con las partes de otro cuerpo vivo!

“Sí, soy Wells, pero un Wells que vivirá eternamente en los anales de la ciencia—continuó, tremolando triunfalmente en el aire la mano izquierda artificial.

—¡Su mano!—gritó Haines.

—¡Una mano real de carne y hueso! ¡Carne sintética! ¡Este es mi maravilloso invento!

“Por eso fui a Africa a estudiar el canibalismo—continuó—. Así descubrí el secreto para crear carne y músculos... ¡Carne viva!... Necesitaba seres humanos para mis experiencias... Pero mis víctimas están bien sacrificadas, porque permitirán en el porvenir rehabilitar a todos los lisiados...

Y, dirigiéndose al doctor, exclamó:

—¡El nombre de usted pasará a la historia, porque ha sacrificado a la ciencia... hasta la vida de su hija!

Y el loco se precipitó de nuevo sobre su víctima, haciendo presa en su garganta, mientras los tres espectadores se debatían impotentes, retenidos por las ligaduras que en vano pretendían romper con desesperados esfuerzos, adquiriendo la acción un dramatismo colosal motivado por la desesperación de aquel padre que se veía atado, por su propia voluntad, siendo testigo forzado de aquel bárbaro atentado que terminaría, a su presencia, con aquella vida para él tan preciosa, para que después el cadáver fuese ignominiosamente mutilado por aquellos dientes.

Entretanto, continuaba la crepitación de la bobina y de sus chispas, rayos en miniatura, capaces de tantos prodigiosos milagros, desde el de aumentar la presión arterial hasta el de dar vitalidad a la carne sintética y permitir a aquella horrible mano ejercer su presión asesina sobre el delicado cuello de la víctima infeliz.

Y, con la hipertensión provocada y con la inmensa emoción que anidaba en todos los pechos, los tubos indicadores subían sin límites y derramaban su contenido para los tres sometidos a prueba. Por un sarcasmo de las circunstancias, el experimento ideado por el doctor Xavier daba un resultado absolutamente inverso del previsto. La noche anterior había designado como asesino a la víctima de un asesinato.

Ahora hacía aparecer como ase-

sinos a los tres desdichados testigos del crimen. La causa del error era que el aparato medía efectivamente la emoción, pero sin especificar cuál pudiera ser su origen.

Y el criminal oprimía con deleite sádico la garganta de la joven, que lanzaba un angustioso grito supremo en demanda de ayuda, mientras su padre y sus dos colaboradores se debatían desesperados e impotentes.

SOCORRO OPORTUNO

El joven reportero Lee Taylor escuchó el grito de socorro lanzado por la mujer que ya idolatraba, en trance tan angustioso, y se apresuró a acudir en su socorro.

Deseando el doctor Xavier rea-

lizar el experimento sin que se produjese la escena de la noche anterior y tuviese lugar otro asesinato en su mismo laboratorio, había hecho que todos se encontrasen atados en sus sillones, libre tan sólo

el que creía manco, y todas las puertas cerradas, para que no pudiese llegar del exterior peligro alguno. Así es que el reportero se encontró con la dificultad de penetrar en un lugar cerrado cuidadosamente.

Pero para algo era un excelente reportero que sabía asaltar los lugares más herméticos, él que había logrado introducirse en el necrocomio fingiéndose cadáver.

Así es que no tardó en encontrarse, no sabemos por qué misteriosos caminos, en el interior del laboratorio donde se estaba realizando la trágica experiencia y frente al doctor Wells que, al ver un intruso amenazador, abandonó por un momento a su víctima para acudir sobre él.

Con la fuerza hercúlea de aquella mano nueva, de carne joven recién hecha, pronto daría cuenta de él y serían dos las víctimas en vez de una, o tal vez cinco, pues era de esperar que el criminal, para no verse denunciado por quienes conocían ya su nombre y su secreto, estrangularía también al doctor X y a sus dos colaboradores, cuidando mucho de dejar bien marcada en sus gargantas las huellas de ambos

pulgares, para que jamás pudiera sospecharse de un manco.

Más tarde, se daría un pantagruélico banquete caníbal y sus dientes cercenarían y masticarían con fruición los tejidos nerviosos más delicados de aquellos cadáveres, si no se gozaba en irlos matando uno tras otro, permitiéndoles antes horrorizarse con la contemplación de su antropofagia.

Se precipitó, pues, el doctor Wells sobre Lee Taylor y ambos lucharon rudamente.

Era una lucha titánica y terrible en la que se jugaba la vida de muchas personas, y sobre todo, lo más interesante para el periodista, la de la mujer que amaba.

Se encontraba Lee ante el monstruo lunático que tantas gargantas había estrangulado y que buscaba la suya. Si se la dejaba apretar, volvería a estar en el depósito de cadáveres con una etiqueta colgada en el dedo gordo del pie, pero sin poder escuchar nada ni escaparse más tarde, porque se encontraría en situación de auténtico cadáver. ¡Y cómo se reiría aquel guarda sancho-pancesco que regalaba pitillos explosivos! Ante tal idea, las fuerzas del reportero se centuplicaban. Y

aun crecían más, multiplicándose por mil al recordar que, más que su propia vida, estaba defendiendo la de Yoan, aquella encantadora mujercita que había llegado a dominarlo hasta hacerle olvidar su misión profesional dejando que se desarrollaran los acontecimientos sin buscar la manera de ponerlos en conocimiento de la redacción para que ésta los hiciese llegar, tras de hincharlos convenientemente, hasta el gran público.

Yoan estaba en peligro. Pero en un peligro terrible: el de ser estrangulada por aquel monstruo horrible que le masticaría el cerebro. Pensándolo, sacó el joven fuerzas de flaqueza y peleó como un héroe.

Se propinaron ambos numerosos golpes, y rodaron innumerables veces por el suelo, llevando la ventaja unas veces el periodista y otras su encapuchado rival. Este dirigía todos sus esfuerzos a agarrarlo por la garganta para estrangularlo, pero Lee, ya prevenido, procuraba evitarlo por todos los medios. Y la lucha continuaba implacable, manteniéndose todos los espectadores suspensos y víctimas de inmensa ansiedad, desmayada la hija del doctor.

Pero uno de los incidentes de la lucha, cuando, en el ímpetu de las mutuas y recíprocas acometidas, se encontraban ambos contendientes en un pasillo y fuera de las miradas de los tres sabios que reconcentraban toda su expectante ansiedad en el oído, fué favorable a Lee.

Tras de violenta acometida, se encontraban ambos separados por unos dos metros de distancia y el reportero vió de reojo un quinqué de petróleo colocado sobre una repisa en el muro a cierta altura, que impedía que tropezasen en él las cabezas, pero lo ponía al alcance de las manos.

Un quinqué de petróleo, en el siglo de la electricidad parece algo arcaico y absurdo. Pero debe tenerse en cuenta que la electricidad está sometida al peligro de posibles interrupciones por averías, lo que si bien carece de importancia en un domicilio particular en un laboratorio como aquel pudiera ser sumamente grave. Así se explica que existiera aquel alumbrado supletorio que constituyó la salvación de Taylor y de todos los demás de aquella casa.

El periodista, rápido, instantáneo, agarró el quinqué y lo arro-

jó repentinamente contra la cabeza de su adversario. El choque lo rompió derramando sobre su capuchón, sobre su cabellera y sobre la carne artificial que se había sobrepuesto, el líquido altamente inflamable, que en contacto con la llama aun no extinguida de la mecha, hizo que todo ardiera.

El doctor Wells, convertido en hoguera y ciego por el dolor, arremetió en dirección a su rival. El encuentro hubiera sido sumamente peligroso, porque hubiese abrasado también al reportero. Pero éste, ágil y prevenido, lo recibió con un soberbio puntapié que lo despidió en sentido opuesto, librándose así de ser quemado.

Y, al ser separado así violentamente, el doctor Wells, ciego y rodeada la cabeza de llamas, fué a tropezar con los cristales de una ventana baja, rompiéndolos y cayendo precipitado en el abismo so-

bre el que se levantaba la clínica en la orilla del mar.

Lee Taylor respiró sereno y tranquilo. Había visto por fin desvanecerse el peligro. Había salvado su vida y, lo más interesante, la de su amada Yoan. Pero siguiendo un impulso instintivo, temiendo tal vez inconscientemente que el fantasma aquel volviese a entrar por donde había salido, se asomó ansiosamente a la ventana rota.

El doctor Wells, rodeada de llamas la cabeza, rodaba por la abrupta vertiente y se detenía muy cerca del mar, para seguir consumiéndose como una antorcha. Una antorcha de carne sintética. Invento prodigioso que, sin duda, por haber sido hecho en cooperación con la locura, el crimen y la aberración, estaba destinado a ser destruido por las llamas.

Después corrió al laboratorio.

DESENLAZCE FELIZ

Corrió al laboratorio y se apresuró a tranquilizarlos a todos, que necesitados de ello estaban.

Por su parte, Yoan, que había recobrado la tranquilidad antes que los demás, se apresuró también a tranquilizarlos, manifestándoles con su voz argentina, en la que no vibraba ya la angustia:

—No estoy herida. Tranquilizaos. No llegó a apretar... No me hizo nada.

—Estén ustedes tranquilos—les manifestaba Lee Taylor—, porque lo he puesto fuera de combate.

—¡Suéltenos, suéltenos pronto!-- le decían con impaciencia los doctores.

—En seguida, pero no tengan prisa ni pasen cuidado.

—¡Pero si se repusiera y volviese!...

—No hay cuidado de que vuelva — repuso flemáticamente él—. Le costaría mucho trabajo trepar y, además, tendría antes que apagarse.

—¿Cómo ha logrado usted vencerle?—inquirió la joven, llena de admiración.

—Le arrojé una lámpara a la cabeza y tengo la suerte de tener muy buena puntería. Donde pongo yo el ojo pongo la lámpara, o lo que sea.

Ya sueltos todos, mientras el padre abrazaba a su hija con emoción

suprema y Haines y Ducke, éste curado por la emoción de su parálisis, se deshacían en muestras de agradecimiento, se fueron serenando los ánimos y el doctor pudo hacerse cargo de la inmensa gratitud que debía merecerles aquel joven periodista que se había metido indiscretamente en aquella casa para servir la curiosidad del público y había terminado por servir inmensos intereses de toda la humanidad librándola de un loco terrible.

En cuanto a Yoan...

El joven Lee le había sido desde el principio sumamente simpático por su naturalidad y su frescura, tan ajena a los artificios de las que se llaman personas educadas y de buena sociedad.

Después, con esa clarividencia que poseen las mujeres para el caso, se había dado claramente cuenta de que Taylor estaba locamente enamorado de ella.

Más tarde, había visto como, por complacerla, había renunciado al cumplimiento de lo que para él era sagrada misión, exponiéndose hasta a perder su colocación y quedar parado, renunciando a buscar todos los medios conducentes a ponerse en comunicación con su periódico

para informarle del asesinato de la noche anterior.

Aquella mañana, durante la escena del baño, ardientemente solicitada por él para luego no bañarse, pero compenetrados ambos con la naturaleza en el semidesnudo de la playa, había tenido ella que desviar la conversación para evitar una declaración en regla que le parecía prematura por... porque no sabría qué contestar, deseando hacerlo afirmativamente, pero pareciéndole ir demasiado aprisa.

Después... le debía la vida y la de su padre y la de sus colaboradores. Esto era mucho, pero era mucho más la gallardía y el valor con que había luchado y la victoria que había conseguido sobre aquel hombre mucho más fuerte que él.

Ella, indudablemente, sin que a sí misma pudiese negárselo, ni lo intentase siquiera, complaciéndose en sentirlo, estaba también enamorada de él. Su padre, tras de aquellos acontecimientos, era indudable que no opondría la más pequeña oposición.

Ambos serían muy felices.

Se puso orden en todo. Se comunicó a la policía cuanto había sucedido y cómo había sido descu-

bierto y muerto el criminal. Y el reportero pudo ya cumplir con su obligación periodística, si bien con algún retraso, compensado éste con las interesantísimas noticias que sería su periódico el primero en relatar, y con detalles fuera del alcance de los demás reporteros.

Así es que Lee Taylor se agarró al teléfono y pidió comunicación con el jefe de reporteros, que se encontraba en aquel momento un poco malhumorado.

Empezó Taylor a explicarle cuanto había sucedido, hablando como un huracán, costándole a su jefe gran trabajo seguirlo en el hilo de su discurso y retener en la memoria cuantas cosas extraordinarias y desconcertantes le decía.

—Habla usted demasiado de prisa—le insinuó.

—¿Que hablo demasiado aprisa? Quisiera ver cómo hablaría usted en mi lugar. Oigame con atención que, como va viendo, es todo sumamente interesante y va a constituir un verdadero éxito cuando mañana aparezca en las columnas de nuestro diario.

Pero todo esto se lo manifestó también con la rapidez del torbellino. Y el pobre jefe tenía que poner

en la escucha toda su atención, porque se trataba ciertamente de algo interesantísimo. El reportero se tomaba ahora su revancha. Quien corría ahora peligro de perder la colocación era su jefe si se descuidaba y no sabía interpretar bien aquel chaparrón de palabras.

Y, tras de contárselo todo, con todo género de detalles, pero con velocidad vertiginosa, dejándolo aturdido, aunque entusiasmado porque también era un periodista de cepa, le añadió:

—Encomie usted la labor del doctor X en el descubrimiento del asesino, poniendo, incluso, en peligro la vida de su hija... Y —continuó, haciéndosele ahora la boca agua— puede usted también publicar en la crónica de los salones la siguiente nota de sociedad...

Y, mirando a la hermosa Yoan, que estaba presente, y recalcarlo intencionadamente sus palabras, dictó muy despacio:

—La señorita Xavier, hija del ilustre sabio doctor del mismo nombre, anunciará en breve su compromiso matrimonial con un joven y afortunado reportero de esta localidad.

Y cortó la comunicación.

—El corazón me da vuelcos—le dijo la joven en voz baja.

—¡Sí! ¿Eh? No puedes imaginarte la alegría que me produce—le contestó él, tuteándola.

—¿Pero cómo pudo usted dominar a aquel hombre tan fuerte?—le preguntó ella.

Y él, con su eterno buen humor, le contestó:

—Tuve la suerte de descubrir que tenía cosquillas en determinado sitio...

—Siempre estará usted de broma...

—Pero no he logrado aún saber cuál es el flaco de usted... digo, tu flaco.

—¿De veras que no?

—Si tú no me lo dices...

—Pues te lo diré...

—Dilo pronto.

—Pero te lo diré en secreto.

—Dímelo en voz muy baja.

—El flaco es—le dijo ella al oído, ruborosa — el quererte muchísimo.

Y ambos se estrecharon en un dulce brazo precursor de una estrecha vida de comunes anhelos e ilusiones...

Así termina esta historia trágica, en la que la ingenuidad y la frescura de un periodista son los cimientos de una vida futura de felicidad, mientras que las sublimes, pero infames investigaciones de un sabio prodigioso, semillero de tragedias, sólo sirvieron para hacer resaltar más la grandeza de lo que es a la vez sencillo y bueno.

FIN

ACABAN DE REAPARECER

EL BESO

Creación de GRETA GARBO

En cada puerto un amor

Por Conchita Montenegro, José Crespo, etc.

— y —

LA MUJER X

Por María Ladrón de Guevara y Rafael Rivelles

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales
de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre	Las tres pasiones.	La mujer que amamos.	Deliciosa.
El gran desfile.	La melodía del amor.	Al compás de 3/4.	Cielo robado.
Miguel Strogoff o el	Cristina, la Holandesa.	La princesa se enamora.	Amargo idilio.
Correo del Zar.	¡Viva Madrid, que es	Amanecer de amor.	Honor entre amantes.
La princesa que supo	mi pueblo!	El gran desfile (edición	Para alcanzar la luna.
amar.	Sombras blancas.	popular).	El hombre que asesinó.
El coche número 13.	La copla andaluza.	Du Barry, mujer de	¡Ríndase!
Sin familia.	Los cosacos.	pasión.	La calle.
Mare Nostrum.	Icaros.	La viuda alegre (edición	El prófugo.
Nantás, el hombre que se	El conde de Montecristo.	popular).	Milicia de paz.
vendió.	La mujer ligera.	Ángeles del infierno.	Amores de medianoche.
Cobra.	Virgenes modernas.	Cuerpo y alma.	Miguel Strogoff o el
El fin de Montecarlo.	El pagano de Tahiti.	El impostor.	Correo del Zar (edición
Vida bohemia.	Estrellas dichosas.	Esposa a medias.	popular).
Zará.	La senda del 98.	Esclavas de la moda.	La hermana San Sulpicio.
¡Adiós, juventud!	Esto es el cielo.	Petit Café.	El demonio y la carne
El judío errante.	Espejismos.	Hay que casar al prin-	(edición popular).
La mujer desnuda.	Evangelina.	cipe.	La dama misteriosa.
La tía Ramona.	Orquídeas salvajes.	Inspiración.	Los clavos de la Virgen.
Casanova.	El caballero.	El proceso de Mary	Pereja de baile.
Hotel imperial.	Egoísmo.	Dugan.	Alma libre.
Don Juan, el burlador	La máscara del diablo.	En cada puerto un amor.	Al Capone (Pánico en
de Sevilla.	El pan nuestro de cada	Marruecos.	Chicago).
Noche nupcial.	dia.	¡Conoces a tu mujer?	Mi último amor.
El séptimo cielo.	Vicia hidalguía.	El millón.	Muchachas de uniforme.
Beau Geste.	Poseción.	El millón.	Marido y mujer.
Los vencedores del fuego.	Tentación.	Gente alegre.	Mata-Hari.
La mariposa de oro.	La pecadora.	Mar de fondo.	Congorila (fuera de se-
Ben-Hur.	El beso.	La llama sagrada.	rie).
El demonio y la carne.	Ella se va a la guerra.	La fruta amarga.	Carceleras.
La castellana del Líbano.	Los hijos de nadie.	La ley del harén.	Erase una vez un vals.
La tierra de todos.	El pescador de perlas.	Vidas truncadas.	Hombres en mi vida.
Tripoli.	Santa Isabel de Ceres.	La fiera del mar.	Niebla.
El rev de reyes.	Las dos huérfanas.	Tabú.	Rebeca.
La ciudad castigada.	La canción de la estepa.	El pasado acusa.	Indescable.
Sangre y arena.	El precio de un beso.	Papá piernas largas.	Tarzan de los monos.
Águilas triunfantes.	La rapsodia del recuerdo	Trader Horn.	El terror del hampa
El sargento Malacara.	Delikatessen.	Un yanqui en la corte	La vuelta al mundo por
El capitán Sorrell.	Del mismo barro.	del rey Arturo.	Douglas Fairbanks.
El jardín del edén.	Estrellados.	El código penal.	Chica bien.
La princesa mártir.	Cuatro de infantería.	La pura verdad.	Recien casados.
Ramona.	Olimpia.	Maternidad, o el derecho	Champ (El campeón).
Dos amantes.	Monsieur Sans-Gêne.	la vida (fuera de se-	La zarpa del jaguar.
El príncipe estudiante.	Sombras de gloria.	rie).	Los amores de José Mo-
Ana Karenine.	Mamba.	Carbón (La tragedia de	jica (fuera de serie).
El destino de la carne	Ladrón de amor.	la mina).	El caballero de la noche.
La mujer divina.	Molly (la gran parada).	Estudiantina.	Arsène Lupin.
Alas.	El valiente.	Las peripecias de Skippy.	La dama del 13.
Cuatro hijos.	¡De frente... marchen!	¡Qué viudita!	Amor en venta.
El carnaval de Venecia.	Prim.	El camino de la vida.	El pecado de Madellón
El ángel de la calle.	El presidio.	Noches de Viena.	Claudet.
La última cita.	Romance.	Mamá.	La casa de los muertos.
El enemigo.	El gran charco.	Eran trece.	Titanes del cielo.
Amantes.	Tempestad.	Cheri-Bibi.	El proceso Dreyfus.
Moulin Rouge.	El dios del mar.	Bésame otra vez.	La vida de un gran ar-
La bailarina de la Ope-	Anne Christie.	Camarotes de lujo.	tista.
ra.	Sevilla de mis amores.	Los hijos de la calle.	El último varón sobre la
Ben Ali.	Horizontes nuevos.	La divorciada.	Tierra.
Los cuatro diablos.	Ben-Hur (edición popu-	Madame Satán.	Fantomas.
¡Ríe, payaso, ríe!	lar).	¿Cuándo te suicidas?	Violetas imperiales.
Volga, Volga.	La incorregible.	Marianita.	Soy un fugitivo.
La sinfonía patética.	El malo.	El carnet amarillo.	Teresita.
Un cierto muchacho.	El pavo real.	Honrarás a tu madre.	La película de las estrellas
¡Nostalgia!	Bajo los techos de París.	Su última noche.	Grand Hotel (fuera de
La ruta de Singapore.	Wu-li-chang.	Las alegres chicas de	serie).
La actriz.	Montecarlo.	Viena.	Hollywood al desnudo
Mister Wu.	Camino del infierno.	¡Viva la libertad!	Sangre roja
Renacer.	¡Mío será!	Malvada.	
El despertar.	¡Aleluya!	El teniente del amor.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la
Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

LA SENTIMENTAL NOVELA

E M M A

por MARIE DRESSLER, JEAN HERSHOLT, etc.

¡El film humano por excelencia!

En preparación:

EL GRANDIOSO ÉXITO

PRIMAVERA EN OTOÑO

por CATALINA BÁRCENA, RAOUL ROULIEN, ANTONIO
MORENO, LUANA ALCAÑIZ, MIMÍ AGUGLIA, etc.

Es un film, en español, de la FOX (Oro de ley de la pantalla)

Adaptación cinematográfica de GREGORIO MARTÍNEZ
SIERRA

Recuerde usted los siguientes títulos:

EL HIJO DEL DESTINO ELLA O NINGUNA

por Ramón Novarro

por Gitta Alpar

EL AZUL DEL CIELO

por Maria Eggerth

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Coleccione usted los nuevos
aciertos de
Ediciones BISTAGNE

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Eriette Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.

Lujosa presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché.
Precio: 50 céntimos

LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

Chandú (Fantasía oriental)
por Edmund Lowe e Irene Ware
El dinero tiene alas
por Will Rogers, Dorothy Jordan, etcétera

No quiero saber quién eres
por Liane Haid y
Gustav Froehlich

La mujer pintada
por Peggy Shannon
y Spencer Tracy

¡Aló, París!
(QUIERAME USTED. TELEFONISTA)
por Josette Day y Wolfgang Klein

Pájaros de noche
Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.

La bailarina Sans-Souci
por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.

Una aventura amorosa
Mary Glory, Albert Préjean, etc.

Inmejorable presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché. Precio: 50 céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

32 páginas de texto. - 5 ilustraciones interiores. Postal-regalo. Precio 50 cts.

EL SOBRE SEMANAL

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas. 220 títulos publicados. Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

Exclusiva de distribución en
España

**SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERIA,
DIARIOS, REVISTAS Y
PUBLICACIONES, S. A.**

Barbará, 16 - BARCELONA

Evaristo San Miguel, 11 - MADRID

E. B.

Precio: Una peseta